

## TRABAJOS ORIGINALES

### DISEÑO DE UN ESTUDIO PSICOLÓGICO Y ANTROPOLÓGICO DE LA RAZA AMERINDIA

Por Carlos Gutiérrez Noriega

Variados aspectos de la antropología del indio peruano -etnológicos generales, psíquicos y etnográficos principalmente- serán examinados en este ensayo preliminar o semblanza de un método de investigación.

Hasta ahora muy poco o nada se escribió sobre el tema. En su contenido científico no ha interesado o no fue bien comprendido. Por ello, pues no hay resultados de investigación definitivos que referir, nos limitamos a delinear cuestiones, estableciendo la posibilidad de una investigación metódica y de algunas observaciones originales de incuestionable valor positivo, que pueden tolerarse como hipótesis provisionarias.

Damos una visión difusa del todo, un atisbo, en lo que, a base de análisis comparados y leyes generales, intentamos crear un conjunto organizado. Alguna vez, cuando las indagaciones que ahora proseguimos revelen más, será posible ofrecer un trabajo definido, sistemático y demostrado. Nuestra premura de planear un esquema abarcador de hechos tan inciertos, disímiles e intrincados, obedece a un fin sólo: suscitar interés por estos estudios, que no deben ser labor de un solo investigador, y ofrecer una ruta más de exploración al problema indológico. Analizamos, en primer lugar, el factor étnico en sí, la cuestión del mestizaje y luego la influencia del medio ambiente telúrico; después una serie de temas propiamente etnológicos: el

bilingüismo y su valor en el desarrollo psicológico, la psicología racial, la influencia de ciertos factores del romance infantil y algo que, empleando un concepto nuestro, llamamos *trauma cultural*. Y ante todo, deseamos mostrar en referencia a la raza nativa lo relativo a esta noción relevante: falta de adaptación a nuevas variables suscitaciones culturales.

Si este trabajo logra interesar a los que se ocupan de nuestro indigenismo y encaminar a investigaciones antropológicas, habría conseguido el fin para el cual fue escrito.

#### I

#### CRITICA Y VALORACION DEL CONCEPTO DE RAZA Y DEL MESTIZAJE

Se ha difundido mucho la idea de que el problema del progreso en la raza amerindia es social exclusivamente, comprendiendo en este concepto factores de orden económico. «Raza india» es, para quienes sustentan esta arbitraria aserción, una noción ficticia y errada. No habría un factor etnográfico en la sociología americana. Todo se explica y resuelve según leyes económicas y los caracteres que hoy distinguen a los diferentes grupos de población serían imputables a la organización social solamente. Se rehuye el plantear antropológico cual si se temiera que

de aquí se deriven luego innecesarias complicaciones.

El indio sólo necesita bienes materiales e igualdad social y política. Este criterio, que ha contribuido mucho a oscurecer el estudio de los problemas amerindios y a darles interpretación unilateral, se desprende en gran medida de la actual posición antropológica del racismo.

Es evidente que la concepción derivada del célebre «Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas» de *Gobineau*, obedece a un criterio e interés políticos sin la exactitud metódica de un trabajo antropológico veraz. Su maliciosa e interesada concepción ha encontrado, naturalmente, detractores infinitos que, desgraciadamente, impulsados por una comprensible aunque no justificada defensa, sustentan el punto de vista contrario, al extremo de negar la validez de todo factor étnico. *Newville*, cuyo extenso estudio sobre el mestizaje se puede considerar como una de las obras completas del juicio sobre el tema, acaba por inclinarse ante el criterio antirracista, y la noción de raza, después de una dialéctica exposición de teorías, se esfuma, dejando apenas cuestión de valor para el antropológico virtuoso. En una palabra, contra la tesis dogmática e interesada de la desigualdad de las razas de *Gobineau*, se enfrenta otra no menos dogmática y falaz de igualdad.

Los hechos son comprensibles, y de ellos, como de otros problemas científicos que suscitan reacciones de sentir íntimo, preciso es optar criterios sin prejuicio, atendiendo únicamente a datos concretos y reales. En discrepancia a lo que aseveraciones interesadas o políticas establecen, la investigación antropológica descubre en el tema de las categorías étnicas algo que puede ser estudiado, cuanto a su descriptiva, en triple

aspecto: morfológico, fisiológico y psicológico. En efecto, en cada raza se encuentran matices propios, entidades de valor auténtico y significativa configuración biológica. Esto indica -aún reconociendo que la aseveración está erizada de dificultad- que hay una relación de raza y constitución. La última comprende, como aquella, factores somáticos, funcionales y psíquicos. El criterio de *Jankowsky*, de referir lo constitucional sólo a factores fisiológicos y fisiopatológicos, es inaceptable porque forman aquellos un conjunto, indivisible, armónico y afine. No creo, como se ha manifestado con frecuencia, en la posible confusión de los factores constitucionales, principalmente en referencia a la estructura corporal, y los raciales. Se advierten relaciones bien formadas entre la raza y la constitución y no confusión de las nociones correspondientes. Este es, a no dudarlo, el criterio de *Kretschmer*, que al referirse a dichas relaciones, afirma que «hay nexos y afinidades entre los complejos parciales, físicos y morfológicos de las dos series de fenómenos». Sobre el fondo fijo corporal y fisiológico de la raza, los factores somáticos y psíquicos constitucionales varían dentro de ciertos límites, mas la amplitud de estas variaciones y el material de factores que comprenden, serían características en cada agrupación étnica.

No creemos, sin embargo, como a simple vista es inferible, que la raza sea un valor más estable, más arcaico y diferenciado, de más categoría, desde el punto de vista de la información de los caracteres del grupo, que la constitución. En realidad son entidades distintas cuanto a su significado y extensión biológicos. «La raza se incrusta, según *Boven*, en la configuración de los tejidos densos... mientras que la constitución se individualiza en la configuración de

los tejidos blandos».

Obsérvanse numerosísimos tipos raciales en todas las especies zoológicas, ya se trate de influencias ambientales o de mutaciones espontáneas o suscitadas en el plasma germinal, nuevas razas se forman mucho más fácilmente que nuevos tipos constitucionales. La variación biotipológica es más reducida, el número de formas posibles es más limitado, al extremo que tipos similares a aquellos establecidos por la clasificación biotipológica humana se hallan en el mono (*Sarasin*) y en el perro (*Pawlow*) y en todas las razas humanas (*Wendeinreich*). Se advierte, en cambio, que cada raza ofrece una «fórmula constitucional» precisa, con diversos matices. Entra, al parecer, la constitución a formar parte de los caracteres étnicos, ofreciendo cada raza predominio a cierto tipo. Se explican las relaciones bien establecidas de raza y patología, porque la última está íntimamente relacionada al factor constitucional.

La noción de raza reposa en la actualidad no sólo en hechos físico-antropológicos. El estudio de las reacciones serológicas, de las leyes de crecimiento corporal, del metabolismo, de la fisiología de la piel y de la regulación térmica, del nervioso central y de los órganos sensoriales, de la dinámica y fuerza muscular, de las hormonas, de la fecundidad, presión arterial y funciones respiratorias, de la resistencia y forma de reacción a las drogas, finalmente de la resistencia a gérmenes y de la predisposición a enfermedades no infecciosas, todo esto aporta originales datos ligados a factor étnico. Creo que este conjunto de características funcionales o dinámicas de la raza puede -por lo menos parcialmente- comprenderse en el concepto de constitución. Por ello hemos insistido sobre las relaciones de ambos factores biológicos. Pode-

mos afirmar que la noción de raza, formulada inicialmente en el terreno antropológico, empieza a ser del dominio de la Fisiología y que puede definirse como el conjunto de hombres que ofrecen un tipo constitucional, morfológico-funcional-psicológico característico y común.

Estudios más recientes de los rasgos psicológicos típicos nos descubren otro no menos vasto acervo de datos etnográficos y hasta muy probable que las formas de cultura -se desprende el aserto de observaciones etnológicas innumerables- estén más de lo presumible en relación armoniosa y congrua a la raza.

Esto no aporta veredicto a favor de la teoría política racista. Establecer, sea con criterio estructural, fisiológico o psicológico, que existen factores incuestionablemente ligados a la raza, no obliga a suponer gerarquías, de valor social y biológico, dentro de la especie humana. Existen diferencias de grupos de hombres, diferencias que no entrañan grados de evolución o superioridad mental. *Georges Puchet* afirmaba, impugnando las teorías gobinistas, que «cada raza es a la vez superior o inferior, según el lado por donde se mira; en una palabra que cada una tiene, desde el punto de vista de su inteligencia, haber distinto».

Estas breves observaciones etnográficas tienen por fin precisar un criterio a esta cuestión discutible, que pueda servir de base a las consideraciones que a continuación formularemos sobre el problema amerindio peruano, para no dar origen a tendenciosas interpretaciones de sentido. No fue posible, desgraciadamente, citar el caudal enorme de datos concretos; remitimos al lector a los tratados correspondientes, citados en la bibliografía, encareciendo en forma particular el extenso y documentado libro de *Neuville*. No

obstante, de lo referido es dable inferir que en los problemas generales de la raza india, el concepto racista no sólo es digno de consideración, sino que tiene valor fundamental.

Los estudios de la raza india se han enfocado en nuestro país casi exclusivamente en torno a los factores económico y educativo, imputándose principalmente al primero un valor exclusivo casi, como causal de la inferioridad material e intelectual de nuestro pueblo aborigen. Es indiscutible -como observaron los mismos españoles del tiempo colonial- que el factor económico tiene importancia de primer orden en este problema, pero debemos reconocer que no es lo único; y a medida que se profundicen los estudios indológicos descubriremos aspectos ahora insospechados, que ante la posibilidad de la reorganización y eugenesia de la raza india, ofrecerán su contribución de valor innegable.

Advertimos luego las diferencias de adaptación y de éxito respecto al medio social, inexplicables por consideraciones exclusivamente económicas. Un estudio comparativo de la mentalidad de los grupos raciales indio y negro, y de sus correspondientes mestizajes entre sí y con el blanco, resulta ilustrativo.

Aún al observador menos sutil es evidente que hay diferencia remarcable entre las reacciones psíquicas y la actitud social de negros e indios. Los primeros poseen gran capacidad de adaptación al medio y al aprendizaje técnico; los indios, en cambio, menos adaptables, ofrecen escaso rendimiento en la técnica. Hay enorme superioridad numérica del grupo amerindio sobre el grupo negro (relación de 50 ó 100 a 1) y sin embargo la cuantía y calidad de ejemplares de valor social o intelectual es superior en éstos que en aquellos. Encuentra-

mos en nuestro país notable proporción de personalidades de talento pertenecientes al grupo indio o de mestizos nigríticos; en relación a esto los valores intelectuales del grupo indio o de mestizos de indio son muy raros.

Estos hechos no se interpretan con teorías económicas, porque ambos grupos de población medran en idénticas condiciones socio-económicas, e incluso son éstas más desfavorables al negro o a su mestizaje. Intervienen factores indiscutiblemente ligados a la raza.

Que el grupo étnico de negros, puros o mestizos, de mayor número de enfermos mentales que el grupo indio -lo cual deducimos de ciertas observaciones estadísticas del hospital «Victor Larco Herrera»- confirmaría en alguna forma la observación precedente.

Estudios etnográficos verificados en otros países americanos que encierran población india, están en perfecta armonía con esta idea. En el Brasil, por ejemplo, el mestizamiento de blanco y negro, aporta productos de valor intelectual de primer orden, contándose en este caso a personajes de esta categoría etnográfica entre los conspicuos y representativos valores científicos de la nación.

En Estados Unidos el grado de progreso alcanzado por los negros y sus mestizos es sorprendente y ofrece contraste singular con la población india, casi desaparecida. Los negros, en este caso, han manifestado admirable capacidad de resistencia y de adaptabilidad, más lo último, de lo que no puede ofrecernos ejemplo semejante ninguno de los grupos amerindios del continente. No se comprende cómo estos resultados se interpreten sino es con auxilio de la Etnografía. He aquí, pues, el ejemplo de dos razas que han cruzado por iguales vicisitudes, por idénticas cir-

cunstances de mengua económica, siendo el resultado de su esfuerzo en la lucha por la vida muy diferente. Hemos asistido en el curso de este siglo a un reverdecer común del pueblo negro y no hay similitud de nueva insurgencia o de auténtico retoñar en el pueblo amerindio.

Según *Michelet* «tal es la virtud de la raza negra: donde cae una gota todo reflorece».

No sustentamos la superioridad del negro sobre el indio. Referimos, simplemente, el éxito del primero, sin que esto sea a nuestro juicio expresión de una absoluta superioridad. Pensamos, al contrario, que en la lucha de un pueblo o de una raza frente al desenvolvimiento histórico de la humanidad, se plantean eventos semejantes a los que encuentra en su discurrir el hombre aislado. Un tipo de inteligencia es adaptable para esto o aquello, y no a todo sin discernir alguno. Hay infinitos fracasos por la errada elección de un cometido en sujetos que en otras formas de acción pueden ser hasta geniales. En el caso del amerindio nuestra impresión es que hay falta notable de capacidad de interés por el movimiento actual de civilización. El negro ofrece una disposición admirable para captar la mentalidad del blanco -en general hay pueblos, que suelen ser muy poco originales e inventivos, aptos para la imitación- y el amerindio ofrece resistencia perseverante y firme a ella, tal vez porque, a manera de algunas personalidades singulares, sólo triunfa en aquello que responde al don genuino.

Lo que se plantea en el orden intelectual de lo referente a las diversidades de blanco e indiano, existe también en otros aspectos vitales relacionados al factor social. Tenemos la impresión que la fecundidad es mayor en el negro que en el indio, y tal vez también la resistencia a inle-

mencias del medio circundante. Desgraciadamente de todo no disponemos de datos estadísticos. A simple observación, empero, adviértese en el litoral peruano un creciente predominio numérico del mestizaje negro. En cambio, la raza natural de esta región, la antigua mochika, decrece en forma progresiva. En su asiento original, provincia de Trujillo, en valles íntegros casi ha desaparecido, habiendo sido los labriegos comarcanos reemplazados por indios andinos. En pequeñas aldeas de población en su mayor proporción mochika o chimú, hace unos 50 años, ahora sólo hallamos casi tipos mestizos. En general, y ésta es cuestión que merece un detenido examen, el grupo amerindio costero ofrece menor resistencia, menos capacidad de pervivencia, que el andinico.

No abandonaremos el tema etnográfico sin presentar algunas observaciones acerca del mestizaje.

El cruzamiento racial es la tercera forma de solución propuesta a la problemática aborígen, y es incuestionable que esta idea tiene fundamento socioantropológico. El criterio científico actual -en oposición a los detractores de ultranza- es favorable al mestizamiento.

En general, con el cruce de razas interesadas, se consigue la producción de tipos de caracteres intermedios. Se trata de una verdadera fusión de factores étnicos de cepas. Contra las ideas de *Luschan*, quien afirmaba que los mestizos reproducen por una suerte de disgregación mendeliana los caracteres el tipo ancestral, se acepta hoy, siguiendo a *Kollmann*, *Virchow* y *Kohlbrugge*, que la fusión de los caracteres se mantiene y los grupos humanos que resultan de la mezcla de dos razas por diferentes que ellas sean entre sí, son definitivamente estables, sin tendencia a disgregación.

Cuando al valor intrínseco de los mestizos, la cuestión ha sido y continúa aún siendo muy discutida. Ejemplos del negro americano, admirablemente estudiados por *Herskovits*; de los bastardos de boer y hotentote, por *Fischer*; de los mestizos de la isla de Pitcairn, cuyo romanesco origen es de todos sabido; de los brasilerenses de San Paulo; finalmente del mestizaje de franceses y anamitas (*Bonifacy y Hobbé*), aportan datos concisos a favor de la mestización. Los casos similares que podrían referirse son numerosísimos, y me veo obligado nuevamente a recomendar la lectura del tratado de *Henri Neuville* en que, después de examinar considerable número de ejemplos, concluye a favor de la viabilidad y valor mental de los mestizos.

La temática del cruce racial tiene en el Perú aspectos muy originales e interesantes; de ellos exclusivamente vamos a ocuparnos ahora. De lo antes referido acerca de las razas se deduce que el problema no es igual en los diversos tipos de mestizos.

La impresión es, cuando se trata del cruce blanco y negro, que el producto es bueno. El mestizo suele ser no sólo igual al mejor de sus progenitores sino superior a él incluso. El postulamiento antropológico, hoy vigente, es que el mestizo posee por lo regular intelectual promedial en relación a sus autores.

De la mestización de negro e indio hay menos datos conocidos. Los escasos ejemplos que he observado me inclinan a considerar a este cruzamiento favorable. La proporción de enfermos mentales en este subgrupo étnico (mestizos de negro con blanco o indio) es relativamente elevadísima. Sobre un conjunto de enfermos estudiados, encontramos el 17.43% de aquel; mas como el grupo en cuestión es por lo menos 50 veces menos

numeroso, en el Perú, que el indio-blanco, resulta su rendimiento en la patología mental 10 veces superior al grupo indio.

Esto justificaría el criterio de *W.H. Cox* y otros autores que han incriminado al mestizaje la producción de psicopatías. Nosotros encontramos entre las dotes de superioridad intelectual del espécimen blanco-negro y de su predisposición a las psicopatías una relación significativa y congruada, pues las alteraciones mentales se adunan en cierta forma al nivel y desarrollo mental del pueblo. Algún factor de las cepas deviene en este caso instable como resultado de la fusión.

En el caso del cruzamiento del blanco con el indio, el producto no difiere de sus progenitores; sus caracteres psicológicos son en realidad, en términos generales, promediales de las características mentales del blanco o del indio; o bien predominan los rasgos de uno de ellos, tal vez con más frecuencia de la cepa indígena; mas en todo caso no se suscita algo nuevo y el producto es, *sensu strictu*, semejante a uno de ambos padres. Al contrario, en el caso del cruce del blanco con el negro se tiene la impresión de que algo muta, que el producto no es simplemente el promedio de las características paternas. Un hecho semejante se revela en los mestizos de *Kisar*, pequeña isla del archipiélago de la Sonda, cuyos nativos se mestizaron con holandeses y otras razas blancas. *E. Rodenvalt* que los estudió antropológicamente, encontró algunos caracteres somáticos que divergían de las cepas originarias.

En un trabajo anterior -observaciones de la influencia del mestizaje en las reacciones psicopáticas- advertimos que en los mestizos de blanco y negro hay un extraordinario prevailecimiento de los complejos caracterológicos esténico y expansivo

(según la nominación de *Ernest Kretschmer*), que no se encuentran en las correspondientes cepas puras; y sobre todo, una actitud narcísica extraordinaria, que matiza inconfundiblemente el tipo psicológico normal y el psicopático.

En una palabra, nuestra impresión es que del cruzamiento del blanco y negro se originan interesantes mutaciones en la herencia psicológica. Aquí, con más exactitud que en cualquier otro evento, deberíamos recordar la afirmación de *Topinard* acerca de las razas mestizadas, que serían «en definitiva generalmente las mejores».

Es curioso, además, que en orden a reacciones serológicas nos presenten los mestizos del grupo negro un interesante carácter, pues se encuentra en ellos, como hemos podido demostrarlo en el estudio de 281 enfermos, una proporción del grupo sanguíneo II muy superior a la del tipo blanco progenitor y por cierto superior también a la correspondiente proporción de este grupo sanguíneo en la raza negra pura. También se observa que en los sujetos de esta cepa hay propensión, posiblemente mayor de la que se manifiesta en las razas progénicas, a la canicie y esto sería una variación peculiar similar a la serológica. El fenotipo, en este caso, presenta caracteres intermedios -cuanto a la cepa pigmentaria con 64 posibilidades de matiz- y en el genotipo algo tal vez en este caso, si ulteriores indagaciones lo confirman, de nuevas combinaciones y emergencia de factores. El problema más serio se halla en la mestiza de indio y blanco. Con frecuencia se ha afirmado en nuestro país, y fuera de él, en las repúblicas con población amerindia, que el «cholo», o sea el producto del cruce de los tipos étnicos citados, es inferior a sus progenitores. Esto es injustificado, por lo

menos en lo tocante a la capacidad intelectual. La impresión general es, no obstante, que el indio puro es de más fuerte ética que el indinoide. De esto podría citar observaciones concretas. Es de presumir que en esta diferencia interviene, de un lado una tradición secular ligada a conciencia de raza; y de otro, los factores psicogénicos inherentes a la bastardia. Mas siendo idéntica la situación del mestizo nigroide, creo que la observación no tiene un valor positivo.

Algunos estudios biotipológicos y serológicos que hemos verificado con el propósito de conocer las relaciones entre los mestizos de blanco e indio y sus progestores permiten sostener lo siguiente: tienen una proporción de grupo sanguíneo IV promedial en referencia a las cepas puras; la fórmula biotípica obedece al mismo principio, es decir está comprendida entre las fórmulas biotípicas de blancos e indios respectivamente. Si lo dividimos en dos agrupaciones, mestizos con predominio de rasgos de blanco y mestizos con predominio de rasgos de indio, encontramos que los primeros ofrecen una proporción de tipos constitucionales y de grupos sanguíneos más próximos a la del grupo blanco; y más próxima para el grupo indio, atendiendo a los mismos factores, para el segundo.

En orden a estas comprobaciones creemos advertir que el grado de introversión -característica mental inherente del indio- es menor de los mestizos que en los sujetos de raza pura o casi pura; como en lo referente a los grupos sanguíneos y a los biotipos, la herencia no manifiesta -como en el caso de las mezclas de negro y blanco- desviación de las cepas puras, ni ley de dominancia; nos inclinamos a aceptar la teoría de la fusión de caracteres. Que el mestizo hereda sólo defectos y no las cualidades de sus padres, como lo

afirma Agassiz, es insostenible. Aquí, como en otros casos del cruzamiento interracial el mestizo es inferior al mejor de los padres, y superior al inferior.

En el Brasil, la población de la provincia de Sao Paulo, resultado de una mezcla de portugueses con indio guaraní, es un espléndido ejemplo de la eficacia social y biológica de los mestizos amerindidos.

Por cierto, las observaciones anteriores constituyen apenas un elemental bosquejo de la problemática racial y del cruce recíproco. No estamos aún en situación de sintetizar juicios y observaciones.

El estudio de estos temas debería ser iniciado en forma intensiva y proseguido en largos años si se pretende obtener datos válidos para aplicaciones eugenéticas y socio-constructivas; si adelantamos esta publicación es con el solo propósito de llamar la atención y de señalar el método de examen, sobre un tema tan importante a nuestros intereses y que una orientación exageradamente parcial de los estudios indológicos ha relegado en absoluto. El estudio del mestizaje peruano no sólo es interesante, la complejidad, por su aspecto biológico, sino como factor social de primer orden. Un trabajo sistemático, sin prejuicio, somático fisiológico y psicológico, a la vez, puede revelarnos sus múltiples incógnitas que algún día, no lo dudo, formarán la más firme base de algo que hoy es muy vago e indeciso.

En los ambientes universitarios actuales prevalece un superficial criterio de las cuestiones del indio, concediéndose importancia excepcional a todo lo literario y filosófico, con direcciones predominantemente snobistas, empíricas y arbitrarias. Sólo así se comprende que en el conocimiento de la raza india en sí y de sus problemas, se haya adelanta-

do tan poco apesar del enorme interés que el tema suscita.

## II ENERGIAS TELURICAS, BIOTIPOS Y CULTURAS

Existe relación íntima entre el hombre, clima y paisaje. Encontramos en ella uno de los aspectos más sugestivos de Antropología. "Aunque parezca misterioso e increíble es un hecho evidente en la historia, escribe Carl Jung, que el hombre suele ser asimilado por el país. En el aire y el suelo de un país hay una x y una y que lentamente invaden al hombre y lo conforman según el tipo aborígen, hasta el punto de modificar ligeramente su aspecto físico". Empero, la naturaleza de esta relación se nos esfuma. Es un hecho enigmático porque el cuerpo y el alma se configuran según un tipo común, congruente a las influencias telúricas. En las raíces del idioma -donde a menudo encontramos un saber difuso pero básico- hallamos afinidad filológica de país, paisaje y paisano, tres conceptos que derivan de una raíz común.

Muchas y de diferente alcance son las observaciones tocantes al problema, sustentando la influencia plástica del medio o rechazándola. En la antigüedad *Hipócrates* y *Polibio* creían en ella, *Estrabón*, el geógrafo la negaba. Luego muchos antropólogos, gracias a bien conducidas observaciones, preconizaron la acción del telurismo. *Hipólito Taine* y *Tomás Buckle* atribuían las diferencias de los hombres al ambiente. *Fr. Ratzel*, creador de la Antro-pogeografía, *Ritter*, *Kapp* y *Kohl*, también; *Buffon*, finalmente entre los clásicos, la precisó en forma concreta. Se desprende de sus observaciones que las razas son manifestaciones circunstanciales en la especie, originadas por el clima, la alimentación y la forma de vivir.

La colonización ha contribuido en mucho al progreso de este aspecto de la Antropogeografía. En todos los países la raza colonizadora adquiere, después de alguna generaciones, la forma corporal del aborígen, aún en los casos en que no hay sospecha de cruzamientos furtivos, cual si en cada región se diera un tipo característico que pervive o resurge aún con las severas vicisitudes históricas e incluso es probable, como observa *Norbert Krebs*, que las diversidades raciales -por lo menos ciertos matices étnicos- derivan de estas influencias. En el Egipto el felah actual tiene los rasgos fisonómicos del egipcio faraónico y los bueyes importados toman, también a la postre, la figura de los bueyes de raza indígena. *Jorge Schweinfurth*, citado de *Frobenius*, relata lo siguiente: «La raza indígena de bueyes (de Egipto) ha desaparecido del país, a causa de epidemias, repetidas veces por completo al transcurso de un siglo, y ha sido substituida por la importación de muy distintas razas del Norte, Este y Sur, sin embargo, aparece dotada, tras pocas generaciones, otra vez de las señales características de la raza egipcia, de suerte que corresponde en su mayoría todavía hoy perfectamente a las imágenes en el Imperio antiguo». Diferentes especies de animales, transportados a un país lejano adquieren, aún fuera de toda mezcla, ciertas características de las especies vernáculas. En nuestros Andes bueyes de buena raza ofrecen pronto el tipo corporal característico del ganado serril secularmente aclimatado.

En el Asia Menor donde tan diferentes y numerosos pueblos se han mezclado, descubre *F.V. Luschan* un tipo similar al de venerables esculturas hetitas. No creo que estos hechos sean interpretados de acuerdo a las leyes de *Mendel* como lo propugnan algunos antropólogos fundándose en el ejemplo de los mestizos de boer y

hotentote estudiados por *Eugenio Fischer*, pues aún en los casos en que no se ha establecido mestizaje alguno se reproducen los tipos primordiales, (ejemplo de los americanos de *Arazandi* y *Yung*). *Luschan*, sin embargo, cree en una disgregación de elementos raciales del mestizo con reproducción de las cepas originarias. El mestizo sería, por decirlo así, biológicamente inestable, y el mestizaje no podría aportar nunca una nueva raza. «Una disgregación de la mezcla se opera por el hecho que los tipos puros, antiguos, se reproducen de manera casi integral a través de un número casi ilimitado de generaciones». Esta regresión mendeliana de las razas mestizas al tipo indígena ancestral, que *Luschan* preconiza, puede explicarse por influencias del medio, siendo las variedades de razas humanas, o razas mestizas, sumamente estables, como lo demuestran múltiples observaciones.

Los ingleses de las colonias, advierte *Frobenius*, se diferencian del tipo étnico original para tomar la forma indígena. «Los ingleses australianos eran largos, delgados y desmembrados como los kanguros, o también indígenas de Nueva Holanda; los ingleses de Nueva Zelanda, fuertes, anchos, acabados en forma como los Maorí arraigados desde los tiempos primitivos; los ingleses sudafricanos eran torpes y pesados como las tribus de cafres y Boeres. Los americanos mismos hicieron el ensayo bonito de fotografiar una serie de cabezas de yanquis legítimos (eso quiere decir de viejos asentados) en una misma placa, una sobre otra y obtuvieron, como término medio, el tipo de un indiano». Obsérvanse también diferencias entre los portugueses de las colonias y de la metrópoli.

El ejemplo más sorprendente y revelador es de los anglo-sajones nor-

teamericanos. Hace años que Aranzadi escribía de ellos algo muy sugestivo: «Estudiando la influencia del ambiente en el hombre vemos que en la criollización, o sea en la aclimatación por sucesivas generaciones (el criollo es el natural de la colonia o descendiente de sangre sin mezcla) se modifican las formas orgánicas lo suficiente para poder apreciar el cambio en el corto tiempo de que todavía podemos disponer para estas observaciones; tales modificaciones se han patentizado principalmente en los blancos y negros de América; en dos siglos y medio, o doce generaciones el yankee ha adquirido la piel seca y mate, cetrina y sin sonrosado, se ha disminuido al extremo el sistema glandular y adiposo, la cabellera ha obsurecido y se ha hecho más lisa, se ha alargado el cuello, ha achicado la cabeza, las fosas temporales se marcan más, se abultan los pómulos, las órbitas se ahuecan, la mandíbula se robustece, las extremidades se alargan, la pelvis de la mujer se estrecha». Algunos han afirmado que el blanco y el negro de América llegarán con el tiempo a ser pieles rojas (T. Aranzadi Etnología, Madrid, 1899).

Nuevas observaciones etnográficas agregan más pruebas a este singular aserto. He aquí, pues, que la hipótesis de Jung no es original. También Reisset vió que el negro antillano perdía el prognatismo peculiar y Reclus, que «en ciento cincuenta años, más o menos, se han aproximado a los blancos en un cuarto de la distancia que los separaba: el olor característico de la raza ha disminuido, la sangre se ha hecho más fluida y la inteligencia se ha desarrollado». Todos los antropólogos contemporáneos acuerdan que el negro de Estados Unidos se ha diferenciado extraordinariamente de sus correspondientes progenitores africanos.

Una tendencia a variar por las influencias del ambiente es innega-

ble: el índice cefálico puede experimentar modificaciones; disminución en los descendientes de judíos rusos de Boston, según Guthe; modificaciones de la braquicefalia de los descendientes de judíos de Europa Central, de la dolicocefalia de los sicilianos emigrados a EE.UU., del color de la piel de los mismos, según Boas; acortamiento de la longitud del cráneo en los descendientes de colonos portugueses (*da Silva Correa*) modificaciones del índice nasal según el clima (*Thomson y Buxton, D. Davies*); mayor frecuencia del tipo respiratorio y aumento de la capacidad vital en los Andes; aumento de la estatura en los medio urbanos (*Pittard*), etc.

Hechos de esta naturaleza pertinentes a pueblos de origen hispánico, son menos conocidos, pero aún al observador menos sutil se revelarán típicas diferencias en los distintos pueblos ibero-americanos, sensu strictu, matices de región. El argentino, el chileno o el boliviano -aludo sólo a los representantes blancos, no mezclados- son entre sí inconfundibles; lo cual indica que hay diversificaciones de la cepa originaria. Es posible que estas variaciones se manifiesten no solo en fisonomía, actitud y gestos, en el color de la piel, cabello, timbre de voz y acento, y otros factores de la misma índole, sino también en otras particularidades orgánicas que deberían ser sometidas a investigación metódica. Por ejemplo, todos observamos que la estatura de los blancos argentinos es, en promedio, superior a la estatura de los blancos del Norte peruano y de los ecuatorianos; y no es coincidencia que los aborígenes de los primeros países -patagones y araucanos- sean de estatura mucho mayor que los aborígenes de la región ecuatorial. Sucede como si la estatura del español hubiera aumentado en el primer caso y disminuido en el segundo. En similar coincidencia, la estatura del

anglosajón asentado sobre el antiguo habitat de pieles rojas tiende a aumentar conforme al patrón aborígen y un pronunciamiento dimorfismo sexual -que es también una de las características de la raza nativa- se evidencia cada vez más (1).

Si referimos estas observaciones al Perú, solo se descubren en seguida hechos relevantes. Grandes diferencias de clima y paisaje determinan aquí condiciones excepcionales no igualadas, de seguro, en ninguna otra comarca de la Tierra, y se ofrece un admirable material para estudios antropogeográficos. La región andina tiene una fuerte capacidad plástica, y no precisa el trascurso de muchas generaciones para percibir la influencia telúrica; con una pervivencia prolongada en esta extraordinaria región se adquieren rasgos típicos de aborígen. Vemos rostros blancos de rasgos andinidos; en el norte peruano, blancos con rasgos mochicanos.

En diversas zonas de los Andes encontramos núcleos de población blanca de tipo nórdico (cabellera blanca y ojos azules). Se descubre en tales sujetos características regionales muy notables que nos permiten siempre, sin vacilación, determinar el origen. Una atenta observación nos ha permitido llegar a la conclusión que lo característico de tales rostros blancos es su semejanza con los rostros de indio puro. Naturalmente, no en todos los casos es posible eliminar la posibilidad de un mestizaje, mas esta posibilidad no es general.

La transformación se verifica principalmente en las mejillas, cuando se trata del tipo pícnico. Ellas tienen un desarrollo peculiar, tal vez por un abultamiento más pronunciado hacia la parte inferior de la bola adiposa de Bichat. La expresión de los ojos también resulta típicamente transformada en el blanco de los Andes; no ofrece la movilidad peculiar, la capacidad de expresar los sentimientos, que se descubre en los blancos de la costa peruana o en los europeos; en el serrano se ha adquirido la fijeza de expresión, sobre todo de melancolía o de nostalgia, que tipifican al andino. La nariz es otro de los elementos faciales cuya transformación advertimos en el blanco andino; por lo menos en las familias cuya permanencia en la región data de varias generaciones, ha tomado la forma de nariz del tipo leptosomático; esto es tan general que aún en sujetos de tipo pícnico encontramos no pocas veces la nariz larga y angulosa de este biotipo, acusando el carácter mixto del sujeto.

Se dan, por igual, divergencias entre los del norte y del sur. Nada más opuesto que una cara del Cuzco y otra de La Libertad o de Lambayeque, la primera adquiere la rigidez racial propia del aborígen del altiplano y la segunda, la máscara de arcilla fluente y viva, eufórica y plácida, del primitivo indio chimú. También, cuanto a la estatura, son diferentes unos y otros; los cuzqueños y arequipeños son esbeltos y leptosomos; al con-

- (1) En este orden de hechos debemos reconocer la importancia de las originalísimas indagaciones de *Marckefrang* en Dinamarca, que han puesto en evidencia una curiosa relación entre la riqueza del suelo y la talla. Los mínimos de talla media se encontraron en Maribo, la más fértil provincia del país; y el máximo, en Ringkjøbing, donde el suelo es muy pobre. Revela un hecho semejante la constatación de *Hrdlička*, del aumento de la talla en 6 milímetros cuando los sujetos oriundos de la región del Este de los montes Alleghany se radican en la zona Oeste de los mismos. Estos hechos nos dan un indicio explicativo de la influencia telúrica sobre la estructura corporal. El fenómeno de la variación de la talla parece ser, empero mucho más complejo. Las observaciones de *Al Hrdlička* (*The Old White Americans*, Proc. XIX. Amer. Jour. of Phys. Anthr., t. V. págs. 97 y 209, 1922), y de R. B. Bean (*Stature in Old Virginians*. Amer. Jour. of Phys. Anthr., t. XV. p. 355. 1931), nos hacen ver que posiblemente otros muchos factores pueden intervenir (alimentación, costumbres, régimen de vida, etc.)

trario, los del norte son pícnicos. Y en cuanto a la actitud general, finalmente, los del Sur son solemnes, rígidos o severos; los del norte son negligentes, desenvueltos, bonachones y flexibles.

Fuerzas telúricas, en una palabra, plasman no solamente rasgos étnicos (color de cabellos, de pigmenta dermal, etc.), sino también biotipos o formas de constitución, insertándose la modificación suscitada cual una adaptación favorable al medio físico. En nuestro estudio «La concepción del Mundo y la reacción espiritual congruentes al medio geográfico», advertimos la significación antropológica de la diferencia entre el tipo constitucional mochika -revelado en Wakos-retratos- y el constitucional andínico. El primero tiene piernas cortas y débiles y con formación de tronco inherentes a vida sedentaria, predominando el vientre sobre el tórax (tipo pícnico pesado o digestivo de *Sigaud*), lo cual se adapta a los pequeños valles planos donde habita y de los cuales nunca se moviliza; el segundo al contrario, es más fuerte, más leptosómico y en conjunto entraña una forma de constitución corporal apta para la vida seminómada de los Andes. (Tipo leptosomo y atlético de *Kretschmer* y respiratorio de *Sigaud*).

En su estudio «Política Sanitaria Indiana y Colonial del Tahuantinsuyo» ha examinado *Carlos Monge* algunas vistas originales de la influencia bioplástica telúrica: la infecundidad de los recién llegados a los Andes y de los andinos recién bajados a la costa y diversos aspectos de la adaptación biológica y fisiológica. Algún día podremos cotejar los datos antropológicos y los fisiológicos para establecer una concepción unitaria que reúna los hechos heterogéneos que hoy sólo se prestan a una descriptiva, la cual será, no lo dudo, la base de una ciencia nueva, Princi-

pios de Antropogeografía General.

Las influencias del ambiente no comprenden únicamente el soma. Lo psíquico, en su aspecto individual y colectivo, se adapta aún más, y así como es posible descubrir una indigenación de la estructura corporal, es más fácil advertir transformaciones de factores psíquicos. La psicología del indio y del negro se manifestó a *Jung*, en la psicología del anglosajón americano. En los países hispanoamericanos también la psicología del colono español se ha modificado profundamente. En el Perú se ha hecho introvertido, apático, desconfiado. Dondequiera se examine el evento se vé la modificación de carácter del español originario. Entre el blanco de los Andes y el blanco costeño hay diferencias psicológicas profundas. La flema del serrano nato, su actitud intensamente introvertida, dominan en el primero. Además la influencia secular del paisaje lo ha vuelto nostálgico y contemplativo. En los Andes, sin embargo, tenemos que distinguir la influencia del valle estrecho, o de la quebrada, de la influencia de la puna esteparia. La primera configura un tipo espiritual intermediario entre el andínico y el costeño. El blanco de la costa recibe una influencia, por igual, del yunga y del negro, en el norte de aquél y en el centro (Lima) de éste. Los blancos del Norte son fanfarrones, expansivos y admirablemente extrovertidos como los yungas; mientras que los blancos costeños del centro son vanidosos, presumidos, habladores y ondulantes como el negro. Pero ya aquí como allá se advierte la pervivencia de un originalísimo rasgo ancestral, el carácter bromista y burlador (viveza criolla) que en los cuentos venerables y en los mitos costeños se descubre cual una esencia inconfundible y original. ¿Qué secreta y misteriosa relación hace que los peruanos de

todas las razas, de la costa, reactualicen el carácter de los fabulosos personajes mitológicos? He aquí un asunto de los más sorprendentes y maravillosos, y al cual espero, alguna vez, dedicar un meditado estudio.

Un fenómeno semejante se desarrolla en Estados Unidos donde el anglosajón presenta una evidente desviación de las características de su antecesor europeo, desviación que ha conducido a una curiosa aproximación a la psicología del piel roja. Este último presenta, como lo advierten *Letourneau*, *Coze* y *Thevenin*, inteligencia sensorial, imaginación alucinante, altruismo, intensa sociabilidad, habilidad, astucia, lealtad, fuerte tendencia a la formación de sociedades secretas y las grandes y extraordinarias aptitudes deportivas. Comparemos estas rápidas anotaciones sobre la psicología del indio con los rasgos de carácter del anglosajón norteamericano. *Carl Jung* nos ha ofrecido en el substancioso estudio «El negro y el indio en la conducta del americano» (Atenea No. 101, Concepción) una admirable semblanza, de la cual nos sorprenden las grandes analogía. No esbozaremos lo fundamental de los rasgos del carácter norteamericano anglosajón porque esto significaría repetir los que acabamos de concretar a propósito del indio del norte.

Tal vez no sólo hay coincidencias entre la forma corporal y el tipo psicológico de los colonizadores y de los nativos. Las formas de cultura - como *Leo Fobenius* y *Spengler* observaron- tienen también con el ambiente sus nexos, y otra vez una urdimbre de interferencias sin iguales, complica extrañamente esta cuestión antropogeográfica. En el Egipto es el Nilo y su valle, en la cultura arábiga la cueva, en el mundo antiguo la imagen corporal, etc., lo que configura el arquetipo o

protoforma cultural. En el Perú son los Andes; los templos, las fortalezas, palacios, creencias, todo alude e imita el accidente geográfico. pero no especularemos sobre esta cuestión que tiene un sentido más bien antropofilosófico y dedicaremos, en cambio, más atención a un tema que, a falta de una designación establecida, llamaremos la congruencia geográfica de las formas de vida.

*Frobenius* observó, con la intuitiva y abarcadora comprensión que le es propia, la semejanza entre el inglés de Australia y el kanguro; se comprende que esta íntima semejanza que sólo con la visión del espíritu y no con la objetiva simple, se percibe. En cada región hay seres arquetipos: en la India los elefantes y el tigre, de los cuales tantos rasgos vemos en la psicología del hombre y en las expresiones culturales de ese país; en el Egipto antiguo la expresión espiritual y el estilo es pesado y tosco como el buey sagrado y el hipopótamo; en la cultura arábiga se advierte la nerviosidad y forma ágil del caballo; en el Perú andino la sobriedad e introversión del llama; y en su costa, donde no hay animal arquetipo, sólo se descubren hoy como antaño influencias extrañas; en Estados Unidos, finalmente, lo arquetipo es la manada en movimiento. Los animales tienen, en este país, más que en otro del Mundo, excepto Africa, una organización, por así decirlo, federativa. Nada más típico que el rebaño de bisontes galopando, o las gigantescas praderas de aves. Lo original es conjunto vital dinámico. Las grandes praderas suscitan formas de vida en movimiento y en contacto recíproco. Es singular que en la América primitiva ambas regiones originaron formas de vida social congruentes a los eventos de fauna y de accidente geográfico. En Estados Unidos la gran organización de ayllus y de marcas, que sólo fueron aparen-

temente fusionados en el Imperio Incaico, sin llegar nunca a la constitución federativa de Norte y Centro América. Es además original encontrar en el Perú, en tan poco espacio, tantas y tan diversas culturas comarcanas, lo cual nos indica nexos imprecisos, formaciones con límite de aldea. Lo extraordinario -maravilloso en realidad- es que en los Estados Unidos la organización actual reproduce la antigua federal del indio rojo. Sir James George Frazer advirtió la sorprendente analogía entre ciertas formas federativas de los actuales Kwakintl y ciertas organizaciones yankees. La independencia individual, la tendencia al movimiento, son también particularidades ancestrales. La diferencia de organización entre los países norte y sudamericanos no sólo depende, como cree Madariaga, de factores étnicos -entre español y anglosajón- sino de influencias condicionadoras telúricas. La observación etnológica empírica demuestra aquí al menos, que dos veces en épocas distintas y en razas diferentes se ha manifestado idéntica evolución, idénticas formas de organización social, sin que la similitud sea explicable por cruces de raza o aculturación.

Tal vez alguno de nuestros lectores piense -después de este análisis- que exageramos el valor de los factores mesológicos, que nos inclinamos en demasía a ver diferencias netas en un suceder social uniforme. Esto depende, en parte, de criterios preestablecidos. Por influencias doctrinarias, derivadas del igualitarismo francés, muchos creen hoy, especialmente los latinos, que sólo hay una evolución uniforme, una cultura general y un tipo psicológico común a todos los hombre, y que, en consecuencia es absurdo establecer tipos psico-étnicos. La experiencia nos descubre, a pesar de todo, grupos diferenciados, y aún aceptando la observación de Boas, de que hay más

discrepancias entre los tipos psicológicos individuales que entre los sociales, es indiscutible que existen tipos somáticos, fisiológicos y psicológicos de orden étnico. Y en cuanto a la influencia del medio podríamos suscribir con Montandon «que no solamente ciertos objetos y ciertas costumbres son creaciones del medio, sino que ciertos ciclos culturales, considerados en su conjunto, han sido mucho más intensamente que otros modelados por el medio». Ciertos observadores rechazan, inmediatamente, la influencia del medio sobre el hombre fundándose en las diferencias remarcables de tipo corporal de grupos indígenas que habitan territorios de idénticas condiciones climáticas. P. Lester y J. Millot, impugnando esta aseveración de Miller, advierten que en estos casos se trata de grupos étnicos muy diferentes entre sí (papues, negritos y mongoles) arribados a la misma comarca, en cuyo caso las influencias mesológicas no son bastante fuertes para borrar todos los caracteres distintivos. Este juicio es aplicable a nuestro continente. El hecho de que los aborígenes americanos -que comprenden en atención a ciertos detalles de estructura corporal y fórmula serológica, diversos grupos raciales- tengan todos un aspecto general inconfundible, que permite diferenciarlos a simple vista de los tipos étnicos de otros continentes, es a nuestro juicio una prueba irrefutable del factor plástico del medio y no, ciertamente, la prueba de una común genealogía. Debemos, por lo mismo, atenernos al criterio de Haddon: el color de la piel, la forma de la nariz, la estatura y los cabellos, se modifican por la influencia del clima y de la alimentación. A esto podríamos agregar nosotros, conforme resulta de nuestra propia observación de andinos y costeños del Perú, que el tipo constitucional es también influenciado por el medio

geográfico.

Una concepción satisfactoria del mecanismo por el cual las influencias climáticas modifican la estructura corporal no existe en la actualidad, pero es incuestionable, como apuntan *Lester* y *Millot*, que los factores externos no actúan sino indirectamente sobre la morfología; las fuerzas telúricas (constitución química y físico-química del terreno, radiación, ionización, temperatura, presión barométrica, paisaje, topografía comarcana, etc.) modificarían primordialmente las funciones orgánicas, en especial del sistema nervioso de las glándulas de secreción interna, y del quimismo orgánico general - toda modificación del medio ambiente repercute en alguna forma en una variante funcional- siendo las modificaciones morfológicas secundarias a las fisiológicas (1).

Anthony, cuyo estudio de las influencias climáticas es verdadera mise au point del problema, concluye en que «todo ocurre como si el medio modelara a los organismos en el verdadero sentido de la palabra, como si las formas animales fueran el resul-

tado real de los agentes exteriores». No discutimos aquí finalmente, si estas influencias del medio crean factores hereditarios. Este es otro tema. Sin embargo es muy significativo que las más grandes evidencias de la influencia ambiental se descubran en las familias de viejos asentados.

### III

#### INFLUENCIA DEL LENGUAJE EN EL DESARROLLO PSICOLOGICO

El más sencillo de los problemas que examinamos es el deterioro mental determinado por el bilingüismo. Observaciones diversas, en forma definitiva y concluyente demuestran que el bilingüismo es un factor indiscutible de inferioridad psicológica. Tal es la aseveración de los investigadores que, en las más diversas partes del mundo, se han ocupado del tema: *Braunshausen* y *Decroly* en Bélgica; *Epstein* en Francia; *Meyhofer* y *Mockli* en Suiza; *Jespersen* en Inglaterra y Escandinavia; *Saes* en Gales; *Wagener*

- (1) Especial importancia se ha atribuido en este orden de hechos a las glándulas de secreción interna que para *Arthur Keith* serían, siguiendo las sugerencias biológicas de *Stockard*, los factores fundamentales en la diferenciación de razas. Muy significativa es la observación de *Pende* del efecto excitante del mar sobre la glándula tiroidea y la constatación general de la mayor frecuencia de enfermedad de Basedow y de hipertiroideos entre los habitantes de las zonas marítimas. *Laignel-Levastine* reconoce la acción estimulante de los climas marítimos sobre el ortosimpático. La gran altura y las grandes zonas intracontinentales actuarían estimulando el vago y las glándulas anabólicas. Señalamos estos hechos porque ellos pueden tener algún valor para explicar las diferencias de andinos y costeños. Estos últimos son siempre más taquipsíquicos, de reacción psicomotriz más rápida; los andinos, de racación psicomotriz más lenta y casi siempre menos taquipsíquicos que los costeños - y al hacer esta afirmación me atengo no solo a impresiones generales sino también a las metódicas demostraciones de *Deniker*; todo lo cual está en perfecta congruencia con la clase de estímulo ambiental antes considerada. Podríamos sostener, como simple hipótesis de trabajo que en los sujetos de la zona marítima peruana se manifiesta una actividad de la glándula tiroidea mucho más intensa que en los sujetos oriundos de la sierra. Es posible, como sustentan algunos autores, que la acción estimulante del clima marítimo sobre el ortosimpático y sobre la tiroidea sea consecuencia de la riqueza ambiental en yodo. En el caso de las diferencias originadas por el ambiente en el Perú nos parece que debemos considerar, además, el factor radiación luminosa. La luz ultravioleta.- al parecer extraordinariamente intensa en las grandes alturas andinas-determina formación de vitamina D en el organismo. La hipervitaminemia D crónica tiene, según *N. Goormaghtigh* y *H. Handovsky* efecto depresivo sobre la glándula tiroidea, al extremo de producir un estado hipotiroideo. Deberíamos preguntarnos si este no es uno de los factores condicionantes del bradipsiquismo de los viejos residentes andinos. El efecto favorable de la cura climática de la tuberculosis en los Andes es posible que se relacione con el factor radiación vitaminico-tiroideo. La gran luminosidad, además, debe ser considerada como factor modificador general de los incretas. *J Benoit* ha demostrado que la intensidad lumínica tiene una gran importancia que se traducirá por una variante en la elaboración de estimulinas, en este caso, un incremento de substancia gonadotropia.

y *Ries* en Luxemburgo; *Smith* en Estados Unidos; *Henns* y *Joshioka* en Japón y Alemania; *Gali* en Cataluña; y *Couka* en Checoslovaquia. A serie tan larga de observaciones podemos añadir otra y tal vez la mayor de todas; efectos del bilingüismo en el Perú. En la mayor parte de esta nación existe el bilingüismo. Los niños aprenden simultáneamente el quechua y el castellano, siendo de observar que las áreas bilingües son al mismo tiempo las más atrasadas desde el punto de vista cultural.

Los efectos funestos del bilingüismo solo se ven, ciertamente, cuando, en la edad en que el niño aprende el idioma, se inicia simultáneamente en dos lenguas, y como en la mayoría de los pueblos del Perú. El aprendizaje de una lengua extraña, cuando ya se posee bien la materna, no produce jamás trauma psicológico. En consecuencia, las observaciones de los autores precitados solo aluden a niños europeos viviendo en condiciones excepcionales, en el extranjero, por ejemplo, lo cual es la norma casi general en la población nativa del Perú. De allí resulta que el bilingüismo del pueblo indio, que incluso ha sido considerado como un valor intelectual estimable, a buen seguro es factor deteriorante psíquico, tan funesto como el cocaísmo o el alcohol. El bilingüe, observa *Laurie*, tiene desarrollo intelectual disminuido a la mitad del normal en vez de duplicado. Esta acción coartante del bilingüismo sobre la psicogénesis es explicable. «Una parte del esfuerzo demandado por la adquisición de una segunda lengua, afirma *Eduard Pichon*, disminuiría la cantidad disponible de energía intelectual para la adquisición de otros conocimientos; de otra parte, el niño se halla cohibido entre sistemas de pensamiento diferentes entre sí y su espíritu no se afirma en uno ni en otro. Además, se adulteran ambos pensamientos privándoles de

sus originalidades y privándose a sí mismo de los recursos acumulados después de siglos por sus predecesores en cada idioma. De allí que su unidad del espíritu y de carácter encuentran seria dificultad para afirmarse». (*E. Pichon*, «Le Développement Psychique de L'efant et de L'adolescent» Paris, Masson, 1936).

Si el efecto del bilingüismo es considerable en idiomas entre sí similares (lenguas europeas), se infiere que ha de ser aún más intenso en tratándose de lenguas tan diferentes como el quechua y el castellano.

Este tema tiene para nosotros importancia extraordinaria y debería ser objeto de amplia y penetrante pesquisa. Una solución arbitraria sería peligrosa. El idioma nativo suele ser -no siempre- un tesoro entre los valores intelectuales de un pueblo. *Marett* acepta la posibilidad de un trauma por adopción de lengua extraña. Presumimos que en el Perú el imperfecto quechua que hoy se habla es uno de los factores más desfavorables al indio que no aprende un idioma superior sino una lamentable jeringonza de quechua y castellano con un reducido número de vocablos. Su desarrollo mental encuentra en los infinitos dialectos comarcanos un obstáculo insuperable.

#### IV PSICOLOGIA Y PSICOPATOLOGIA DEL INDIO

De la psicología y psicopatología general del indio -tema cuya escabrosidad y magnitud delimitan por sí el alcance de este ensayo interpretativo- daremos sólo un bosquejo o pauta, que podría ser útil alguna vez a próximos trabajos monográficos.

Este estudio tiene importancia excepcional cuanto concierne a pro-

blemas indológicos; sin embargo, no existe una sola publicación en que se haya considerado con norma científica. Un escrito nuestro, de 1935, acerca de la importancia del temperamento esquizotímico del indio en su actitud social, no tuvo desgraciadamente ninguna proyección. Igualmente inapreciado ha sido el trabajo de *J. Więlawski* y *W. Winiars*, aparecido en 1936 en la *Psychanalytic Review* (vol. XXIII, pag. 173) acerca del valor fundamental, del factor introversión en la capacidad para adaptarse a nuevas formas de organización social en los pueblos asiáticos, lo cual en cierta forma tiene general relación con los problemas ameríndicos.

Nuestras observaciones de la psique india peruana son aún superficiales y fragmentarias, y justificamos su publicidad con la excusa ya ofrecida en lo referente a la razón de ser de todo este trabajo en conjunto. Nuestro material de investigación fue en gran parte empírico: Población normal de indios andinos y costeños y enfermos mentales del Hospital Víctor Larco Herrera. Algunas indagaciones de carácter estrictamente experimental, aún no dadas a conocer, serán reseñadas brevemente.

**El temperamento y la constitución fisiológica.**- La primera determinación metodológica de la psique india alude al temperamento. Dos factores fundamentales se descubren al examen trivial: la hipoafectividad y la introversión. Los advierten todos los escritores que a vista de pájaro y sin criterio técnico psicológico trataron de la Psicología de esta raza, (*Hermann Keyserling*, *Arthur Chervin*, *C. Wiese*, *Fr. Tamayo*, *A. Arguedas*, etc.), aserción tan simplista y objetivable, que es en verdad dominio de cuantos ven al indio, indica en sí muy poco e inclina a criterios errados.

También han visto ellos que el

indio es obstinado, pérfido, hipócrita, tímido, humilde, déspota, hipocondríaco, insensible, sumiso y resignado, apático, sentimental, vagabundo, etc.

Podríamos seguir enumerando otras series no menos incógnitas entre sí que ésta y no menos apropiadas para el desprestigio de la raza. Por ejemplo no es humilde y déspota a la vez; u obstinado y sumiso, etc. Además, la pretendida inafectividad encuentra su antítesis formal en la disposición profundamente nostálgica, y hasta delicadamente romántica y sentimental de la erótica andina. No es cierto, asimismo, que el indio sea siempre hiposensible, indicándonos su carácter hipocondríaco -que constituye uno de los rasgos sobresalientes en su patología mental- que no sólo se hallan manifestaciones evidentes de sensibilidad sino incluso una sensibilidad exacerbada.

Este todo caótico y confuso de inclinaciones y características es comprensible y hasta unívoco si se considera el temperamento del amerindio peruano a la luz de la concepción de *Kretschmer*. Encuentro notable correspondencia de este complejo de caracteres disímiles con el temperamento esquizotímico del autor nombrado. En efecto, la obstinación o la inestabilidad, la timidez, la apatía, la insensibilidad y la hipersensibilidad, la hipocresía, la sentimentalidad romántica, la actitud reservada y despótica, forman el haz inconfundible de dicho grupo temperamental. Pero lo original del alma india, el rasgo dominante, es la falta de armonía o de enfoque al medio circundante. Las suscitaciones, el reaccionar espontáneo, la conducta toda, surgen como entidades autónomas, sin ligamen a los eventos de la vida; no son respuestas al apremio, ni a la necesidad, ni son formas de adaptación. Esto que es algo propio de la conducta india -a la que imprime ese sello de caprichosidad, de

negligencia, de ilogicidad e incluso de hipocresía- es en realidad manifestación perfecta esquizotímica. El alma india aparece por ello inaccesible. Las influencias del ambiente, que tanto repercuten con visos adaptativos sobre otras razas, en los negros por ejemplo, no tocan en cambio al indio. Por eso pensamos que la disposición esquizotímica es el factor por excelencia en el estudio no solo de la psicología étnica peruana, sino del problema indigenista en general.

El indio no es, considerado ya en este campo, simplemente inafectivo en término absoluto. Lo que se descubre es que su afectividad obedece a un ritmo peculiar, el ritmo afectivo esquizotímico, el que, usando la expresión del propio *Kretschmer*, no sigue como en los temperamentos ciclotímicos una curva regular ondulada, sino una caprichosa línea zigzagueante.

Examinemos algunos ejemplos, tomados a campo traviesa de la afectividad peculiar del indio. En los enfermos de la mente -y debemos recordar a este propósito la correspondencia entre las manifestaciones psicopáticas y de los rasgos mentales prepsicóticos- se advierte algo típico e interesante. Primero, el enfermo mental indio es casi siempre hipoafectivo; las fuertes reacciones eufóricas, características de la manía, son excepcionales (en nuestra observación de centenares de enfermos solo dos casos ejemplares, en los que había, sin embargo, fuerte derumbe melancólico); en cambio es muy frecuente observar estados depresivos hipocondríacos. En general, el enfermo mental indio puede caracterizarse como distímico hipoafectivo, con predominio del binomio tristeza-hipocondría. Con cierta frecuencia se observa también un estado negativista-irritable, pero las reacciones de esta índole con agresividad son rarisimas, lo cual es sorprenden-

te.

La pasividad del indio normal su mengua en manifestaciones emotivas, su agresividad deficiente demostrada en el orden histórico -en los fracasos súbitos de sus grandes rebeliones- y la rareza de sus reacciones eufóricas corresponden a lo específico de sus psicosis.

Seis tipos de esquizotímico ha descrito *Kretschmer* cuyo conocimiento en detalle es muy útil para comprender la psicología de nuestra población normal y psicótica: el obtuso (con o sin parálisis afectiva), el frío y el insensible, en el grupo de los anestésicos; el sensitivo, el susceptible y el irascible, en el grupo de los hiperestésicos.

Nosotros distinguimos en el indio cuatro tipos: dos hipoestésicos y dos hipersensibles. El primero, el obtuso impotente afectivo, se encuentra notablemente representado entre los indios. Presenta falta de vivacidad y reacción psicomotriz perezosa, con largo período latente, característica sobre todo en el indio de los Andes. Estos sujetos son tranquilos, medrosos, tímidos y dóciles; su iniciativa motriz es muy pobre y, empleando la expresión del pionero de la ciencia de los temperamentos, «ellos no saben que hacer de sus miembros». Este tipo verdaderamente inafectivo nos parece más frecuente en los esquizoides indios de constitución pícnica, pero también los picnoides normales nos ofrecen con cierta frecuencia estos caracteres.

El tipo afectivo predominante es, luego, el melancólico. Los esquizoides son muy amenudo deprimidos, y como *Kretschmer* observa esta depresión tiene algo de característico que la distingue de la depresión de los ciclodes, que consiste en una suerte de disconformidad interior sistemada. En efecto, lo que distingue la disposición melancólica del indio del estado melancólico del verdadero

ciclotímico, es su fijeza y rigidez; lo cual podría expresarse diciendo que el indio no se pone melancólico, que no se entristece según las impresiones suscitantes del medio, sino que es melancólico. El deprimido ciclotímico es intensamente influenciado por el medio, observándose en cambio en el indio una remarcable insensibilidad; nada lo afecta; su tristeza se encuentra aislada en sí mismo, sin establecer nexo con el ambiente. De allí que aún considerando que hay -y esto como rasgo racial tipo- una fuerte carga afectiva, tenemos que advertir que se trata de una afectividad sin movimiento, de una verdadera rigidez melancólica, o estasia melancólica; por lo cual es dable afirmar que aún en estas condiciones es hipoafectivo, apesar de que a una observación superficial se manifieste fuertemente emocionable. Tan acusada y dominante es la disposición malancólica en el indio, que matiza y llena de originalidad todos los rasgos de la personalidad india. En las enfermedades mentales encontramos que los diversos disturbios afectivos ocurren con más frecuencia en el polo melancólico, al punto que la forma más frecuente de esquizofrenia de las jóvenes indias llegaría a confundirse con la melancolía si no se advirtieran a la vez ideas delirantes y alucinaciones.

El tercer tipo, menos frecuente, es el irascible. Si en los tipos anteriores encontramos las faces inexpresiva y torpe del hipotiroideo larvado, o de la melancolía rígida, en éste se acusa la fisonomía dura y hierática característica de los antiguos monolitos. Si las circunstancias lo permiten llega a ser despótico y cruel. Lo característico en este caso es cierta reserva constante de irritabilidad, una actitud sistemáticamente hostil y obstinada y una disposición introvertida, e insociable

remarcable. Pero no sólo defectos de carácter encontramos en los ejemplares de este grupo. Nos sorprende en muchos casos hallar personalidades en las que la excelencia de una conducta austera, proba y recta, con cierta actitud de dignidad y aristocratismo, se manifiesta plenamente. Es dable, además, situar en este lugar a los estudiosos tenaces y a los fanáticos idealistas.

El tipo cuarto, como el anterior, es hipersensible y nos presenta rasgos psíquicos que en forma muy amplia entrañan valores natos del alma india: la erótica romántica, el sentimiento de la naturaleza, y la nostalgia. No exagero al afirmar en estas naturalezas la «sensibilidad de mimosa, demasiado delicada y siempre herida» de «tipo Holderlin».

Representan, en consecuencia, la antítesis del tipo obtuso impotente afectivo. Tres inclinaciones dominantes encontramos en estas personalidades. La primera, la erótica romanesca, vigorosamente acusada en los pueblos de los Andes. La lírica dramática aborígen nos presenta ejemplos clásicos de esquizoides, sensitivos, pues como observa *Clements Markham*, Ollantay no es la única obra de la literatura indígena de una gran pasión romántica, pues el mismo ambiente de lirismo soñador hay en las leyendas de amor de Quilacu y Cusi Coyllur, de Chuqui Llantú y Acoya-Napa. La música andina expresa, finalmente, con sutileza profunda el hábito pasionista y nostálgico de la erótica romántica de los indios. Hacer pacariuc, decía el viejo *Arriaga* es «velar toda la noche cantando endechas con voz muy lastimosa».

No tiene en el indio, sin embargo, la erótica romántica esa variedad de matices, y sobre todo la flexible capacidad de modelación a lo circundante, propia del instante romántico de la edad juvenil en general. Lo que

en este caso es súbito florecimiento espiritual se da en el indio cual actitud vital definitiva, sin vislumbres nuevos, sin proyecciones, sin matices, sin posibilidades de retorno o de avance. Lo romántico resulta entonces casi vegetativo o como rígido capote de la erótica para toda la vida. Sobre este aspecto es evidente en los indios andinos, principalmente en la mujer, en cuyo caso se descubre una inclinación exclusiva y ciega, que no obedece al incentivo de ninguna reflexión. La inflorescencia se hizo aquí de una vez para siempre y se petrificó luego de nacer. En los indios costeros la erótica romántica es muy diferente se encuentra en más relación con la adolescencia y jamás llega a ser una tendencia señoreante de la vida; lo cual está en armonía a su constitución pánico-ciclotímica. En el andino, en cambio, la impresión romántica en el tipo de que tratamos, es un rasgo de carácter definitivo, pero luego se convierte en un amor petrificado, y entonces como en el caso de la disposición melancólica, advertimos un sentimiento rígido. Por lo mismo, la pasión del indio no obedece a ninguna razón, y es ilógica e inmutable.

La nostalgia es otro de los sentimientos predominantes en el esquizotímico hiperestésico. Nos apartaríamos demasiado del carácter expositivo de este ensayo si intentáramos dar una idea aproximada de este complejísimo sentimiento. Diremos, simplemente, que se trata de una disposición anímica que aparta de la realidad, y dispone al autismo -seguramente más al autismo pobre y estático que al autismo dinámico y constructivo de los verdaderos soñadores- y determina la introversión. Aunque hay ciertas afinidades entre nostalgia y melancolía, no debemos confundirlas. En ésta hay referencia del sentimiento depresivo a un hecho concreto externo, o a un sentimiento

de inferioridad; en aquella la impresión es más general y difusa, menos en conexión a los eventos del mundo real -objetivo o subjetivo- ante el cual se interpone como un velo que acaba por acarrear la interiorización mórbida.

Una de las manifestaciones más típicas de la vida social andina, la inclinación a la vida errabunda -por lo menos en ciertos casos y en cierta etapa del desarrollo- depende a buen seguro de impulsos nostálgicos y no simplemente de apremios materiales como se ha aceptado hasta hoy con muy poco sentido crítico. La nostalgia, que en este caso se suscita como una inclinación a lo remoto -algo del sentimiento de lontananza de *Frobenius* se advierte aquí- impulsa al joven indio, mujer o varón, a dejar el hogar y a ir en busca de aventura. Nos inclinamos a formular para comprender esta enigmática manifestación una hipótesis paleobiológica siguiendo una sugestión de *Stanley Hall*. Los fenómenos románticos del alma india obedecerían no simplemente a una disposición racial sino a un principio general de la evolución psico-biológica. Los más diversos pueblos han atravesado, en su curso evolutivo, por la etapa de los fenómenos románticos del alma (la romántica caballerescas y grandes viajes del medioevo europeo, etc.) lo cual ha suscitado más de una vez disposiciones fuertes para grandes inmigraciones y desarrollos expansivos. *Hall* advertía que en las aves se presentan impulsos errabundos con el despertar sexual y que en los adolescentes nostálgicos se manifiestan también fugas reveladoras, o simple anhelo de las mismas, al despuntar la pubertad. Es sugestiva la observación de que el pueblo incaico, que llegó hasta la cultura bárbara media, se encontraría en la etapa adolescente según la teoría de los paralelismos psico-filogénicos.

En todo caso, los fenómenos románticos son fuerzas creativas, de expansión; el alma cargada de ensueños vislumbra posibilidades de nuevo vivir. Esto es característico del esquizotímico y es aplicable al pueblo andino, naturalmente que en relación a su cultura en un nivel de manifestaciones incipientes.

En tercer término situamos el sentimiento de la naturaleza, propio también de las personalidades esquizosensitivas y que ofrece tantas y tan verdaderas expresiones en la lírica indígena. En este caso encontramos el fenómeno de la llamada del terruño, que tan íntima conexión tiene con la nostalgia. Un hombre que salió de su comarca adaptándose en condiciones ventajosas en otro lugar, súbitamente un día todo lo sacrifica y retorna a la tierra nativa. Algunas veces tan extraña determinación está condicionada por circunstancias obligadas, pero en otras surge ilógica de las profundidades misteriosas del alma. Llena está la literatura andina de expresiones románticas a la tierra nativa.

Si con la suscitación de la nostalgia se da el sentimiento que impulsa a huir del hogar en pos de lo inmenso desconocido, con el sentimiento de la naturaleza se ofrece lo opuesto, la necesidad del retorno. Tal vez si esto entraña en lo profundo secretos incentivos para un cambio de personalidad, lo cual constituye el gran bajo fondo del hombre esquizotímico. En todo caso los impulsos a dejar la tierra natal o a retornar a ella se manifiestan en el indio andino como dos fuerzas ciegas que condicionan la vida errante, primero, y luego el estatismo sedentario.

Tales fenómenos, que tienen la magnitud de un verdadero ritmo social, no se advierte jamás en los pueblos indios del litoral, invariablemente asentados en su terruño nati-

vo. Y es que en ellos los fenómenos románticos no crean los conflictos que experimenta el andino. El sentimiento de la naturaleza y la nostalgia no son, en última instancia, sino manifestaciones de un grandioso ritmo del alma esquizotímica, ritmo que muchas veces solo se advierte dos veces en la vida, pero que en otras personalidades se diseña cual una sucesión de penuladas renovaciones espirituales. En el ciclotímico -y ésta diferencia nos da la clave del comportamiento antitético de los pueblos costeños- no se descubren jamás estos impulsos tan románticos como ilógicos; el hombre de este tipo no tiene más problemas que los que suscita la realidad. Su sino viene de afuera; en el esquizotímico el sino viene de adentro.

En todo caso, los oscuros impulsos que acabamos de estudiar solo son manifestaciones complejas de la variante psicoestésica.

En esta seriación no he comprendido el gran grupo de los ciclotímicos pínicos amerindios, clasificables a su vez en distintas variedades, los que se encuentran predominantemente entre los aborígenes de la costa, principalmente en la variedad mochika-chimú, como lo he advertido en un trabajo paleoetnográfico.

Al margen del trabajo clasificatorio y descriptivo de la afectividad del indio peruano, tiene no menos importancia señalar un rasgo común muy original, seguramente afine a la biología de la raza; la emotividad lábil, la rareza de fuertes impulsos afectivos, principalmente de agresividad y la disposición apática. Un impulso fuerte que se formó lenta y difícilmente, experimenta ante el primer revés agotamiento fulminante y siderativo: un arranque brutal de cólera se transforma súbitamente en miedo cervical. De otro lado, continuos motivos incitantes no determinan exacerbaciones afectivas, hasta que

en un momento dado, por una suerte de proceso de sumación de estímulos, se origina una reacción emocional enérgica que se disipa con la misma prontitud e intempestividad con que se formara. Este rasgo que siguiendo a *Kretschmer* podemos una vez más comprender en el temperamento esquizotímico, se compara a la descarga epileptógena.

En una serie de interesantes narraciones *J.M. Arguedas*, un escritor que a nuestro juicio ha expresado mejor que ningún otro las características del alma india, nos presenta un conjunto de personajes genuinamente raciales, cuyos rasgos coinciden con toda exactitud con los tipos emocionales que antes describimos. En cada uno de sus cuentos, refiere el drama de estos hiposténicos afectivos, que en el instante en que debían manifestar un gesto enérgico y agresivo, algo desarma y malogra bruscamente su intento. El estudio de los mitos y leyendas del Perú antiguo nos descubre, también, datos comprobativos, sobre todo la ausencia del héroe, figura legendaria típica de la mentalidad juvenil. Ofrece el panteón peruano creaciones simbólicas equiparables a Zeus, a Saturno, a Demeter, a Helios, Diana o Jehová, etc., mas la imagen esforzada de un Jasón, de un Cid o de Herakles, no aparece en parte alguna.

Por ello si en forma gráfica y simple tuviéramos que representar la afectividad del indio peruano, y en esto me refiero ante todo al tipo andino, deberíamos emplear una línea discontinua, con ascensos y caídas súbitos, existiendo en los intervalos, soluciones de continuidad correspondientes a los estados de rigidez o de embotamiento afectivos. Si averiguamos de este rasgo típico del alma amerindia algo más de la rigurosa descriptiva temperamental, habríamos de recurrir a observaciones fisiológicas. Desgraciadamente

muy poco se ha estudiado esto. Si me refiero a los hallazgos que de la raza amerindia de otros países se aportó, encuentro algunos datos significativos. *Hrdlicka* fue el primero en demostrar lo siguiente: los amerindios presentan una bradicardia constitucional (57 a 67 latidos cardiacos en el hombre, 71 a 80 en la mujer), que no se puede explicar por el género de vida, ni por el clima. El encontró también, en estudios comparativos sobre el esfuerzo muscular que los amerindios aportan cifras inferiores a los blancos y negros.

En los andinos se ha señalado una bradicardia fisiológica (*Monge*), aunque es evidente en este caso la influencia de la altura. En su serie de observaciones (más de 600 casos) encuentran *Monge* y *Pesce* hipotensión arterial en el hombre andino. Aun no se ha verificado un estudio discriminatorio antropológico para distinguir lo que corresponde al factor racial y lo que corresponde al climático. La misma advertencia podríamos sustentar en lo referente a la reacción fuerte positiva del reflejo óculo-cardiaco del andino.

Si consideramos nuestra serie de observaciones, aún no publicadas, acerca del tono neurovegetativo en amerindios, indistintamente de costa o sierra, pero residiendo en litoral - lo cual elimina la modificación fisiológica determinada por la altura- habríamos de afirmar el predominio del tipo hipoanfotónico. Nuestra serie comprende ya unos 60 casos en los cuales se verificó la prueba de *Danielpolu-Carniol*, resultando un predominio de sujetos hipoanfotónicos, lo que está en perfecta armonía con las características del todo afectivo de la raza. Observamos también -aunque ésta es cuestión complicada que nos anticipamos a comunicar en espera de consagrarle un estudio ulterior- que se manifies-

tan reacciones típicas que corresponderían a una labilidad, una suerte de disposición al derrumbe tónico, del sistema ortosimpático, dato que al ser confirmado aportaría excelente prueba y explicación del mecanismo íntimo de la emotividad frustrada del indio. Podría señalar, finalmente, las observaciones de *Aste*, aunque apartándose formalmente a la parcial interpretación que da a sus hallazgos numéricos, sobre el tono neurovegetativo por la prueba de Danielopolu-Carniol. En la cincuentena de sus casos él nos da la evidencia del predominio hipoanfotónico, especialmente del hipoortosimpático-tónico.

Reuniendo este conjunto de hallazgos, que a nuestro juicio aún no presentan algo definitivo para dictaminar acerca de la constitución ortosimpática-parasimpática del indio, sentamos una deducción provisional, justificable de revocación según los futuros hallazgos: el indio peruano tiene hipotonía ortosimpática en unos casos, e inestabilidad de la tonía del mismo sistema en otros.

Si se considera que el ortosimpático es, de acuerdo con las irrefutables demostraciones experimentales de *Cannon*, factor de las reacciones de emergencia y de adaptación vigilante al mundo exterior, se explica correctamente la disposición a la inversión, a la hipoafectividad, a la inercia, y sobre todo la falta de capacidad reactiva enérgica ante situaciones apremiantes, propias del espíritu indiano.

En el terreno de la hipótesis podemos avanzar aún algo más en el camino de más restricta y sería comprensión de su constitución psicofísica. Ya al principiar advertimos el carácter general teórico y sistematizador de este ensayo. Si indagamos al indio del Perú a la luz de la constitución endócrina según *Pende*, se ven sugerentes coincidencias con el tipo hiposuprarrenal. La

hipoortosimpaticotonía sería un factor confirmativo. La hipervagotonía que resulta de la tonía desequilibrada, también lo es. Luego, la tendencia a la pereza, la rara pilosidad, la escasa capacidad del andino para fijar grasa: todos son factores de constitución hiposuprarrenal. Más difícil sería demostrar que la pigmentación, uno de los caracteres étnicos más típicos, obedece en parte al mismo principio. No olvidemos, al hacer este balance de los caracteres ameríndicos y de los tipo hiposuprarrenal, que la glándula en referencia condiciona, como lo esclareció bien *Pende*, la energía neuro-motriz, el coraje e impulso agresivo, la tensión emotiva y el sostenimiento de los procesos intelectuales, especialmente la fuerza de la atención y la memoria, la mengua determina la apatía, tristeza, astenia muscular, color cobrizo (v. *N. Pende*, *Dalla Medicina alla Sociologia*, Edt. Prometeo, Palermo).

No descartamos, ciertamente, cuanto a la interpretación del bradipsiquismo en el indio peruano, especialmente en el andino, la posibilidad de un hipotiroidismo larvado, en referencia a lo cual ya señalamos la significación de los factores: elevación geográfica y vitamínico-radiativo. Mas ya se incrimina una u otra deficiencia hormonal la causativa del biotipo, el resultado es casi idéntico, pues ambas glándulas condicionan y regulan el tono del nervioso vegetativo, principalmente ortosimpático.

La hipótesis de la constitución endócrina del indio, puede aportar, por último, un punto de vista útil al estudio de otro de los interesantes aspectos biológicos y psicológicos del indio: aludo al cocaísmo. En el fondo de toda toxicomanía -ésta es una idea de *Chambard*- hay siempre algofobia o algofilia. El veneno, en este caso, cumple casi un fin biológico, contribuye a regular, llena un fin, por lo menos extingue un estado de displa-

cer o de inadaptación general. La cocaína, el excitante psicomotriz por excelencia, el estimulante, los tonismos afectivo y ortosimpático por su sinergia con los adrenosímiles en conjunto (adrenalina y simpáticas), cumple entonces la función de regular un disturbio constitucional (1).

No debemos prolongar más el análisis del temperamento en la raza india, pues la consideración de otros aspectos, la confrontación de los caracteres del temperamento esquizotímico y del temperamento del amerindio, nos llevaría a puntualizar nuevas coincidencias. Sólo hacemos excepción, dentro de esta concepción general, al aborígen costeño con predominio de temperamento ciclotímico.

Es posible que las características de temperamento se relacionan a la constitución endócrina -Kretschmer mismo sustenta en la última parte de su obra esta relación general- pero en el caso presente sería incierto añadir más a lo que antes expusimos en referencia al hipotiroidismo e hiposuprarrenalismo. Kretschmer se inclina a demostrar relación entre su tipo leptosomo esquizotímico y una alteración de las gónadas. En el indio advertimos repartición pilosa y de tipo femenino y en general, sobre todo en el andino, los caracteres sexuales secundarios no son muy acentuados. La determinación de las características de temperamento son, en mi sentir, de una importancia extraordinaria en el estudio del problema social indigenista, uno de cuyos puntos de partida constituye. La gran introversión de los sujetos esquizotímicos suscita condiciones muy desfavorables para el progreso y adaptación sociales. «Nos parece,

afirman Wielawski y Winiarz en su estudio psicoanalítico de los pueblos asiáticos, que el tipo introvertido es el que ofrece menos capacidad de adaptación a nuevas formas de existencia social. Nos parece que la superioridad de la civilización occidental se aduna a la extroversión y a la grande y fuerte capacidad de adaptación a cambiantes condiciones».

Podríamos suscribir este criterio aplicándolo al Perú. Es notable, por ejemplo, que la mayor fuerza de adaptación de los pueblos aborígenes costeños es manifiesta a la vez que un predominio del factor diatésico y del tipo extrovertido sobre el factor psicoestésico y sobre el tipo introvertido.

### El carácter y la actitud ante la vida

El análisis del carácter y del vasto conjunto de manifestaciones psicológicas conexas, debería gozar de especial privilegio en cuanto alude al estudio del indio. Desgraciadamente la tendencia dominante a negar todo factor específico y a considerar simplemente hechos sociales generales y aplicables a todos los pueblos, ha conducido a olvidar esta senda excelente de exploración y comprensión del alma india; nunca se dirá bastante que sin un conocimiento profundo de ella, sin un esquema de lo que tiene en sí de original, será imposible resolver los problemas relacionados al pueblo amerindio. Con las leyes generales de la economía, de la política y de la antropología misma, sólo abordamos la cuestión tangencialmente. Nosotros sostenemos que en los problemas sociales americanos, y muy especialmente en lo referente al pueblo indio, hay que indagar ante todo factores psicológicos.

El carácter es una verdadera constelación de tendencias o de disposiciones psíquicas. En conjunto, es el factor que con más aproximación nos da una idea de la persona-

1. En otros términos, la cocaína contribuye a contrarrestar dos menguas funcionales de la raza: al esfuerzo muscular (*Hrdlicka*) por su estímulo psicomotor; y al tono ortosimpático por su sinergia con la adrenalina y con la simpática.

lidad. Es cierto que la base del carácter mismo está formada por el temperamento; mas es de advertir que sobre el asiento casi invariable y rígido de éste, el carácter es la entidad que entraña la adaptación del hombre al mundo circundante. Por lo mismo, el estudio del carácter y de las áreas geográficas caracterizantes debería proseguirse con constancia y con método en orden a satisfacer exigencias de los problemas amerindios o indoamericanos. No encontramos razón, además, porque motivo la psicología sea excluida del conjunto de ciencias o de procedimientos técnicos llamados a contribuir en la solución de un gran interés social.

El estudio de carácter es, empero, mucho más complejo que el estudio del temperamento. Si en éste encontramos escasos tipos en los cuales puede comprenderse a toda la humanidad, el carácter nos ofrece una variedad mucho más fecunda e incluso una tendencia desconcertante a la variabilidad según las épocas por las que atraviesa un pueblo o un individuo. Pero esta misma inconstancia encierra una cualidad relevante, pues nos permite prever posibilidades reconstructivas, bloques de complejos caracterológicos, y hasta una verdadera psicoterapia social colectiva.

En otros países no ha pasado inapercibido el interés que un punto de vista semejante podría aportar a ciertos problemas generales, aunque, creemos nosotros, tal vez con un criterio demasiado exclusivo. En Méjico por ejemplo -la cita es de *Oliver Brachfeld*- se ha planteado la idea del complejo de inferioridad como fenómeno de clase. Entre nosotros L.A. Sánchez (Indagación del espíritu incaico, Atenea, Nos. 72 y 73, 1931) diseñó un punto de vista parecido. Incluso, se ha pretendido establecer una interpretación de ciertos aspectos

de la evolución cultural del hombre con un criterio estrictamente adleriano (*Oliver Brachfeld, Sánchez Rivero, etc.*) La mayoría de estas interpretaciones son unilaterales o exageradamente teorizantes. Sin sustentar un criterio dogmático de exploración podemos aceptar que en el destino de un pueblo, tanto como los factores circunstanciales o azares históricos, el carácter determina el destino.

Del carácter general del pueblo indio sólo me referiré a dos disposiciones fundamentales, sin negar la posibilidad de otros variadísimos aspectos aún por definir, y éstas son la actitud asténica y la introversión.

Por ser los enfermos mentales indios los que han constituido el material de estudio más apropiado para estas indagaciones, tal vez algún lector considere impugnable el método de inferir los rasgos caracterológicos de una nación fundándose en el estudio de los alienados. El punto es muy delicado, pero lo considero resuelto porque en dichos enfermos encontramos no solo reproducciones fieles del carácter colectivo, sino verdaderas caricaturas psicológicas; caricaturas que tienen la gran importancia de revelarnos con nitidez y casi grotescamente lo que en otras condiciones de vida solo es un matiz que podría pasar desapercibido. Por ello, mi primera impresión al iniciar mis trabajos en el hospital psiquiátrico fue que en la personalidad psicopática de cada enfermo encontraba algo que me era completamente familiar, un deja vue, lo cual es comprensible si se considera a lo psicopatológico como una revelación deformada, con rasgos más pronunciados, de lo psicológico. Las manifestaciones de sentimiento de inferioridad, de miedo ante la vida, de angustia, de pasividad y de humildad, han sido el leit motiv predominante. Por ello en el conjunto de

pacientes de nuestro hospital psiquiátrico impresiona el rasgo general de timidez-inercia. Juzgamos que en este caso el estado psicopático expresa un carácter étnico fundamental. Hemos señalado que en los sujetos de otros tipos raciales, principalmente en los mestizos de blanco negro, síntomas relativos a una actitud francamente esténica.

Contrariamente a la opinión establecida de que el complejo de inferioridad deriva en forma exclusiva de eventos sociales y es explicable como fenómeno de clase, descubrimos que la realidad es mucho más compleja, y basta la observación siguiente para formarse un criterio diferente: los negros y su mestizaje, que han atravesado circunstancias de vida social idénticas o aún peores al indio, presentan muy frecuentemente un evidente complejo de superioridad o por lo menos una actitud expansiva (carácter hecho de las oposiciones sentimiento de superioridad mas sentimiento de inferioridad, predominando en la conducta el primero).

La introversión es aún mucho más interesante en el estudio de la caracterología del indio. Observamos una relación bien establecida entre la actitud introvertida y el temperamento esquizotímico. La rareza de las reacciones histéricas en el indio está en armonía con aquella.

Si en conjunto examinamos las más diversas manifestaciones del pueblo andino, se descubren rasgos de un carácter intensamente introvertido. La repulsa de la realidad, la fijación perseverante en formas primitivas y tradicionales de vida social, su indiferencia sistemática a los estímulos culturales, son expresiones evidentes de introversión.

Encuentro semejanzas reveladoras entre la organización del imperio incaico y la organización del pueblo actual más introvertido, me refiero al Imperio Británico. En ambos casos

la pasión no entró en el orden de los intereses colectivos y el desarrollo siguió las normas de un pensamiento frío, práctico y sistematizador. En ambos casos el rasgo sobresaliente es la gran introversión afectiva y de pensar, de donde resulta que ni una ni otra facultad mental se proyectan en el impulso de organización social siguiéndose, por ende, una adaptación sinuosa a lo real. Por ello la cultura andina, como la inglesa, parece creación de ingenieros prácticos, que sólo persiguen fines utilitarios. El sentido vital revolucionario, que es propio de los temperamentos de grandes explosiones afectivas o de fanáticos razonadores, no entra en la índole de estos pueblos conservadores flemáticos. En ambos casos los rasgos distintivos del carácter -aludo a los pueblos incaico o inglés- el espíritu de estrecha y recta cooperación social, el predominio de lo empírico sobre lo dogmático, la actitud flemática, la organización social semifederativa con autonomía relativa de los grupos de comarca, la tolerancia religiosa, la subordinación de la familia a los intereses de grupo, la pobreza de manifestaciones artísticas, (en la arquitectura el predominio de las construcciones de defensa) la pobreza de la fantasía, que así en Inglaterra como en los Andes se traduce por la rareza de mitos y de leyendas populares de sentido maravilloso, etc.

Excluimos por cierto al pueblo yunga de este paralelo. Por su carácter y por su temperamento se distingue radicalmente, así como por el tipo constitucional. La profunda diferencia de los pueblos andinos y costenos del Perú se puede advertir no solo en la estructura corporal, en las reacciones psicológicas y en las psicopatológicas -cuestión que ya fue estudiada- sino también en sus producciones artísticas. El arte andino carece de naturalidad, de franqueza

infantil, tienen, como lo advierten *Winiarz* y *Wielawski*, una gran importancia para la adaptación social del individuo; así, la fase de fijación (father-attachment según *Winiarz* y *Wielawski*), es mucho más prolongada en Oriente que en Occidente, diferencia que también obsérvase en la esfera psicopatológica. De esto resulta que la sujeción de la joven generación a la antigua es, con mucho, más fuerte y prolongada en Asia. «En Occidente la actividad y la iniciativa están más desarrolladas en el niño». La psicología de la edad puberal es, por ende, distinta en cada población. La protesta psicología juvenil, que tan remarcable importancia tiene en la evolución y progreso de una sociedad, es débil, insuficiente, infructuosa; de donde resulta que la joven generación, dominada por un sentimiento de inferioridad y subordinación ante la antigua, repite el ritmo de la vida de ésta, incapaz de procrear nuevos ideales, estableciéndose, así, el estacionarismo de los pueblos.

De aquí que sea necesario establecer el estudio de la psicología de los pueblos, y de sus manifestaciones psicopatológicas individuales, para comprender la esencia de la vida colectiva, y de sus neurosis colectivas, lo cual es aún mucho más interesante.

En el Perú observamos lo siguiente: no existe perturbación del progreso por supeditación excesiva de los jóvenes a los viejos; parece que sucede todo lo contrario. La figura del padre -que tan escasa importancia tiene en el hogar indio donde la madre es el personaje principal- es secundaria y con frecuencia nula, en la educación del joven indio. La mentalidad de éste, entonces, se desarrolla defectuosamente, carente del arquetipo masculino, de ejemplo heroico, lo cual tiene una importancia decisiva, funesta en el curso ulterior del desarrollo psicogenético. Con frecuencia, la

figura del amo substituye a la del padre, creando así en el niño un sentimiento de humillación de penuria, de complejo de inferioridad profundo que imprimirán la norma característica de la psique indiana. El indio lleva, por ello, en sí un vacío considerable; su psicología carece de algo fundamental: lo cual es comprensible si se tiene en cuenta que es la figura ejemplar del padre la que da la norma primordial del futuro hombre, el primer esbozo de individualidad, de diferenciación, de afirmación del yo, y, lo que es de más valía, el primer estímulo al desempeño de un rango social. Por ello los indios son aparentemente indiferenciados, plasmados todos a una estandarizada psique colectiva.

Mas si la figura del padre es menguada, o deformada por al superposición tosca y funesta de la figura del amo, la figura de la madre adquiere una importancia desmesurada. La función trascendente que ésta tiene en el hogar es un rasgo aún perviviente de la antiquísima cultura matriarcal peruana. La figura dominante de la madre plasma en el alma el sentido de lo vegetativo, de lo perenne, así como la del padre genera el sentido de lo social y lo mutable. La primera es inclinación centrípeta, la segunda centrifuga. La una crea el amor a la tierra, a la naturaleza indiferenciada; la otra el amor a la patria y a los grandes ideales. La mujer suscita, en fin, los sentimientos de nostalgia, de quietud, mientras el hombre es paradigma de los impulsos violentos, de las acciones heroicas. El indio, por ello, está envuelto en la naturaleza como en una prisión de la cual no acierta a salir (la ciudad lo mata), su ritmo de vida es inmutable, indiferente por completo a toda emoción social y carente de todo sentimiento heroico o luchador. La intensa nostalgia del indio, -sin dejar de considerar que en parte se condi-

ciona por factor étnico e incluso antropogeográfico- es en gran medida resultado de la fijación tenaz a la madre simbolizada.

Más tarde, en el aspecto de las conversiones de los sentimientos infantiles hacia formas de psiquismo más vastas, tenemos que el sentimiento incompleto o frustrado hacia el padre apenas entrevisto, o hacia el amo temido y casi divinizado, crea una relación deficiente del indio con la sociedad. El sentimiento de inferioridad y de amedrentamiento hacia el padre o amo se enfocan ahora a lo social, a la cultura blanca, que son, como el padre, vistos en plano muy superior, inaprensibles; y de la misma suerte que en la infancia no pudo establecerse un sentimiento de identificación con aquel, así ahora tampoco se harán propios o dignos de imitación los ideales y fines del estado, los cuales advienen, como padre y amo, cual entidades del todo extrañas. De allí que el indio experimente por la sociedad en que vive un sentimiento de extrañeza, de minusvalía, de temor, que le impide participar en todo acto de vida colectiva, introvertiéndose cada vez más intensamente.

## VI TEORIA DEL TRAUMA CULTURAL O TRAUMA ANCESTRAL

«Los dioses se han convertido en enfermedades, y Zeus no rige el Olimpo, sino el *plexus solaris*».

Wilhelm y Yung

Las más variadas observaciones nos ponen en evidencia que donde el amerindio entró en relación continua y directa con el blanco y con su civilización, el resultado fue funesto al primero. En Estados Unidos, en Argentina, en Uruguay y en Chile,

países donde la europeización ha prevalecido, apenas si subsisten desmembrados grupos indios. Contrariamente, en las remotas regiones andinas donde la influencia de la cultura occidental ha sido escasa, el indio se conserva mejor. Esta observación tiene una importancia fundamental. Sin embargo, casi todos los tratadistas del problema indígena han pasado ante ella sin advertirla.

Para apreciar su alto sentido debemos plantear, siquiera sintéticamente, el problema de las relaciones y contactos inter se de razas y culturas de diverso nivel. El tema es hoy objeto de serias meditaciones en el terreno antropológico.

En 1853, Niebuhr, en sus Lectures on ancient Ethnography, lo planteaba en forma que aún tiene para nosotros suscitante y renovado interés. «Cada raza tiene, según él, su destino, marcado con el carácter que le conviene, y cuando una civilización ha sido introducida violentamente en un pueblo indígena, esto tiene por consecuencia la degeneración física, es decir, el aniquilamiento de este pueblo salido de su cauce». Esta observación debería ser meditada por aquellos que encuentran la solución del problema indígena en una metódica y científicamente organizada culturaización, incluyendo los métodos pedagógicos y las reformas políticas según modelos y doctrinas europeos.

En su «Diario de Viaje de un naturalista alrededor del mundo», emite Charles Darwin ideas en parte coincidentes con las de Niebuhr: «Donde pone su planta el europeo, la muerte suele perseguir al indígena..... Al parecer, las variedades de la especie humana se comportan entre sí como diferentes especies de animales, el más fuerte extirpa siempre el más débil». Sin embargo no sólo es el blanco el exterminador. el mismo Darwin apunta con agudeza y profun-

didad de observación, que la llegada de toda nueva raza a una comarca tiene efectos fatales al indígena.

En época reciente, *J.M. Gregory* vé que diferentes tipos raciales se obstaculizan recíprocamente. Cada raza no podría realizar sus grandes posibilidades culturales sino medrando separada de otras. Cree, además, que el mestizaje determina condiciones de inferioridad. No solamente hay desmedro de la raza inferior que se pone en contacto con otra más culta, *mutatis mutandis*, también experimenta mengua la raza superior que convive con otra de cultura inferior. Es verdad que *Newville* impugna este concepto de *Gregory*. Lo que debería aceptarse, sin desdeñar la valiosa y múltiple observación de las influencias desfavorables recíprocas, es que, cada raza tiene un valor original y distinto y que en el desenvolvimiento del progreso humano le compete un papel diferente.

La obra que en los últimos años nos aporta una concepción más amplia y exacta de las relaciones de raza y cultura, y cuyo estudio es de gran interés desde el punto de vista que tratamos, se debe a *Rosell I. Vilar*. Sostiene que la raza es el origen de toda la cultura. Cada raza posee una psicología colectiva peculiar al extremo que es posible definirla cual «un conjunto de hombres que tienen la misma mentalidad y los mismos gestos». El mestizaje jamás engendra una nueva cultura. La mentalidad característica de una raza puede quedar letárgica por varios siglos, pues la imposición de una cultura o mentalidad diferentes bajo condiciones más diversas (lengua, derecho, religión, costumbres, etc.) no es sino superficial, siendo la asimilación de la cultura extraña aparente o ficticia. Como en el caso del pueblo amerindio, puede observarse que la raza vencida conserva su mentalidad propia en estado latente.

Coincidiendo con *Niebuhr* y *Gregory*, *Vilar* descubre la influencia desfavorable del contacto recíproco de razas. La raza invasora y -ésta es una interesante aserción para el estudio de los problemas de la raza amerindia- crea un ambiente que perturba y coarta el desarrollo de la raza sojuzgada. El hecho, en consecuencia, no sólo debe ser evaluado en el terreno político económico, sino ante todo en el psico-antropológico. Sin embargo, a través de todas las vicitudes de una raza, su mentalidad queda inalterada; es indestructible y siempre hay posibilidades de resurgimiento. La raza sólo se afecta exteriormente. La revalidación espontánea de los valores auténticos es un hecho factible, aún sin la participación directa o indirecta de factores políticos. Por lo mismo, juzgando las cosas en el terreno de esta teoría, las emulaciones de origen extranjero son siempre peligrosas. El proceso de la culturización del Japón es, en este orden de hechos, un ejemplo digno de estudio. La actual organización social de México se orienta en igual sentido. Es indudable que el conjunto de factores que determinan el empobrecimiento de la mentalidad de un pueblo sojuzgado, o en general de un pueblo que adopta una mentalidad extraña, es de lo más heterogéneo. Dejando a un lado los factores políticos y económicos -cuya consideración sale del marco de este estudio- deberíamos designar a este evento de tanta significación en la evolución de los pueblos, como *trauma cultural*. En última instancia, se trata de un trauma psíquico y de una suerte de neurosis colectiva. Envuelven al hombre espiritual la cultura como las fuerzas telúricas al hombre fisiológico y somático, y así como el trasporte del organismo a un medio inapropiado mortifica o desmedra al cuerpo material, así la cultura extraña, que en un clima adverso, disgrega y coarta el

florecimiento espontáneo del alma. No implica esto, siguiendo el dogmatismo de *Rosell Vilar*, que sólo el bloque cultural auténtico es el único que puede crear, el único suscitante en un pueblo dado. La realidad nos indica, al contrario, que la cultura se difunde en áreas, se disgrega y unos elementos van allende, otros aquende, y que el hombre asimila éstos o aquéllos por una simpatía natural. En unos casos la siembra fertiliza. Otras veces la agregación de nuevos elementos extraños actúa traumáticamente. Un hecho semejante, aunque muy alejado de la realidad humana, se observa en los animales salvajes que entran a la cautividad. Aún cuando ellos se encuentren en superiores condiciones de vida, en cuanto a la preservación de sus enemigos habituales en lo referente a la constitución de alimento, enferman, mueren o no se reproducen. Se trata de verdaderas neurosis determinadas por la falta del ambiente ancestral requerido. En oposición al efecto de la cautividad tenemos el efecto de la domesticación. Se trata en este caso de una capacidad de adaptación a nuevas condiciones de vida, lo cual no siempre se consigue. *J. Herskovits*, ve en la evolución social un proceso de domesticación y en el hombre civilizado a un animal domesticado.

En el bárbaro o en el salvaje que entran de improviso en contacto con la civilización y que son sometidos a las normas de ésta, ocurre un hecho

semejante, aunque infinitamente más complejo. Se trata en primer lugar de la represión de tendencias, de formas de exteriorización de los instintos y de una modalidad de pensamiento, represión que puede determinar verdaderos traumas sociales, como lo advierte *Durkheim* en el caso de imponerse ideas morales extrañas a un pueblo.

La cultura en sus formas tangibles -en sus más complejas manifestaciones, el idioma, la religión, las costumbres, las instituciones, los estilos artísticos, las creencias, etc.- es en realidad la psique colectiva objetivada (1).

En consecuencia, su represión y la imposición de otra forma cultural que se juzga superior, no puede imponerse sin suscitar las más graves alteraciones. La importancia de las formas de pensamiento y de las innovaciones de la técnica que se introducen en una sociedad cualquiera con la nueva cultura es tal que hasta los instintos primarios, como observaba *Ellwood*, resultan modificados. Este punto de vista posee un alcance ilimitado si se considera a la luz de la moderna psicología genética, especialmente en su aspecto psicoanalítico. El problema es como una agrupación social -que es una entidad coherente y característica y un verdadero complejo funcional, psicológicamente considerada- puede experimentar variaciones psíquicas provechosas sin

- (1) En lo referente a las relaciones e influencias recíprocas del individuo, la sociedad y la cultura, debemos recordar las doctrinas de Tarde y de Durkheim, enfrentándolas a los modernos puntos de vista psicosociales. En Tarde, el factor es el individuo, la sociedad es una abstracción. Boas en un examen de gran fuste en el terreno antropológico erige al individuo en elemento básico, superior en todo sentido al psicológico colectivo. Durkheim con un punto de vista al que modernamente se aproxima Yung con su concepción de lo inconsciente colectivo, erige al factor social en primun effector. Sus "representaciones colectivas" median sobre los individuos, los modelan o estructuran psicológicamente. La sociedad crea al hombre por una suerte de interiorización de los complejos ideológicos colectivos. Hay algo de tangible en las dos teorías cuya metódica aplicación sería útil a la sociología amerindia. En estos casos, una sola teoría aceptada con criterio dogmático carece de valor. Lo común entre Tarde y Durkheim es la preponderancia del factor mental. Frente a ellos, Mark lo subordina a la productividad material, que origina entre los hombres relaciones de las que dependen las creaciones espirituales.

sufrir disturbios.

Es verdaderamente extraordinaria la ceguera que los sociólogos y políticos tienen cuando consideran estas cuestiones. Todos estamos en perfecto acuerdo cuando se alude a un individuo que una transformación de su personalidad psicológica es difícil o imposible; pues cada cual afirma su propia esencia, lo que se es. Pero cuando planteamos el problema de la aculturación de un pueblo, consideramos muy sencilla su transformación por leyes, enseñanzas y organización técnica y económica según cualquier canon civilizador. En este caso ni consultamos el factor personalidad o adaptación y se procede con un criterio fanático. Naturalmente en tal situación, deberíamos empezar por el estudio del hombre y luego por la reforma que le conviene. En realidad -por lo menos en el Perú-, solo se atiende al plan de reforma y se desdénia el estudio de la personalidad psicológica y social del hombre. Los desastres que hemos originado al pobre indio siguiendo esta norma son tremendos.

Pienso que entre el tipo de organización social y de alta cultura, y la psicología y demás factores etnológicos y antropofísicos del hombre, debe existir una relación congruente íntima y espontánea, relación que no existe ni siquiera ínfimamente en las repúblicas americanas, cuya organización y cultura europeas son para el indio -no sólo por lo económico sobre lo cual tanto se ha insistido- estrechas reservations o áreas de cautividad.

Una capacidad extraordinaria para asimilar nuevos complejos culturales la encontramos en el negro, y en los mestizos de negro. Falta de capacidad asimilativa hay en el indio. Además, el recíproco antagonismo de la mentalidad de los diversos grupos étnicos, acaba por determinar difi-

cultades en la afirmación individual de cada uno de ellos. La idea fundamental es siempre -y en esto siguiendo muy de cerca a la concepción psicológica de Yung- que los valores culturales auténticos, cuya raíz en el alma misma de la raza debemos reconocer, al ser rechazados de la vida social por una civilización impuesta de súbito, se convierten en resistencias al progreso, en fobias, en obsesiones, en delirios. De súbito también la tendencia social evolutiva sale de su pauta y lo que antes fue una fuerza creadora en la psique de un pueblo se transforma en una obstinada actitud neurótica. El trauma ancestral suscita, entonces, la neurosis colectiva: la actitud indiferente, la desarticulación de la realidad, la fijación en formas elementales de vida social y el repudio de nuevos valores culturales, que encontramos en el pueblo amerindio.

Es indudable que en todos sus aspectos el problema social del indígena no es explicable según esta teoría. Su importancia y originalidad está en que ella nos lleva al conocimiento, al enfoque, del lado subjetivo, de lo más propio y dinámico del problema indio, que hasta el presente sólo se ha estudiado en forma exclusivamente objetiva y antipsicológica. Esto ha conducido a ignorar o a rechazar gratuitamente a los valores espirituales del indio, pues hasta ahora no se ha verificado un estudio del inconsciente colectivo, donde, detrás de la apatía aparente, deben dormitar energías, cuya liberación -por algún procedimiento que aún está por determinar- aportaría la actitud social que ahora falta.

## VII

### OBSERVACIONES FINALES

Hemos verificado en este ensayo el estudio en conjunto de muy diver-

esos temas, sin aparente relación recíproca. Tal vez la impresión general será que ellos no forman un todo uniforme, y que aún con menos posibilidades podría unirseles en una síntesis o teoría etnológica de la raza amerindia.

Dar en la actualidad una idea de los nexos y afinidades que presentan entre sí los puntos tratados, es tarea muy difícil porque debemos reconocer -no sólo en cuanto alude al problema étnico y cultural amerindio sino en todos los problemas etnológicos generales de esta índole- que hay extensiones vacías, grandes soluciones de continuidad que sólo podrán salvarse gracias a futuros aportes. No impide esto, sin embargo, establecer un esquema general provisorio y una visión intuitiva de conjunto.

Los problemas etnográficos, antropo-geográficos, psicológicos y fisiológicos, y etnológicos generales, se relacionan en mil aspectos, formando un todo complejísimo que es el suceder de la sociedad humana.

Es dentro de este novísimo aspecto de la Antropología que se ha concebido este examen antropo-psicológico. En último término, la Fisiología humana, la Psicología humana y la Antropología, forman una sola disciplina, que es la ciencia del hombre.

Al examinar el problema indio, del cual se han hecho tantas consideraciones tan superficiales como infundadas, creimos que el punto de partida debería ser un esquema de trabajo como el presente. No formulamos, por lo mismo, ninguna conclusión general, ni siquiera un vislumbre solucionador del problema; simplemente reunimos hechos y teorías que alguna vez servirán para emprender trabajos definitivos. Por lo demás, el título mismo del ensayo indica en sí la idea fundamental que lo ha guiado.

Si revisamos con este criterio los principales temas aquí tratados, en-

contraremos cierta unidad que no se descubre a simple vista. Los problemas de la raza y mestizaje, de la influencia telúrica, de la Psicología Étnica y de los factores culturoológicos generales forman un todo funcional perfecto. Una sola modificación repercute en todo el sistema. En el devenir histórico-social, la alteración de una constante físico-química del plasma o de las secreciones internas, suscitada por variaciones del medio físico, es tan importante como otro cualquiera de los eventos que reconocidamente intervienen en la evolución cultural-histórica. Esta concepción nos obliga a ser más realistas y menos doctrinarios en Sociología, y más consecuentes y comprensivos con los hechos parciales, insignificantes y oscuros, pero positivos. En lo posible la teoría debe proceder de la experiencia y no ésta de aquella.

En lo que concierne al problema social amerindio nos esforzaremos por significar que la cultura no viene de altura inaccesible, que no se importa ni se impone, sino que surge espontánea de las oscuras fuerzas vegetativas del hombre.

Demasiado se ha especulado con teorías etnológicas generales, pan-espiritualistas expresiones es abstracta y formal, viene también del fondo animal e inconsciente de la especie. No vacilamos en afirmar, por lo mismo, que en el problema reconstructivo de las razas amerindias se vislumbra en primer término la necesidad de revalidar valores auténticos, siendo ineludible mirar hacia atrás y a la realidad actual, comprendiendo en ésta los factores psicobiológicos, para todo avance posible.

Muchos han planteado, desde los tiempos de *Las Casas*, *Victoria* y *Fernando de Santillán*, la gran cuestión social de las razas amerindias aborígenes, y todos, desgraciada-

mente, -sin excluir a los actuales- lo hicieron con un criterio demasiado humanista y con miserativo, viendo siempre al mal venir de afuera. Muy pocos son en cambio, los que han intentado hacer del conocimiento del indio mismo un problema, porque en el fondo de todo conflicto y de toda pugna se descubre casi siempre un drama de incomprensión o de ignorancia recíprocos.

No deseamos terminar sin bosquejar una idea, apical en la problemática del indio y de la cual ni siquiera se ha vislumbrado la poderosa significación. En los variados aspectos en que ha sido considerado el estudio del indio, en realidad sólo ha guiado un criterio positivista a priori. El aspecto material tiene un valor indiscutible, pero el ideal no es menos importante. No crea que al indio le aportarían ventaja los mayores beneficios de confort, seguridad y de riqueza si su vida espiritual carece del incentivo de un gran ideal. Este, dentro de la constelación multiforme y en perenne movimiento que es la vida anímica, no sólo es una senda que conduce en buen sentido los impulsos a un fin, sino al mismo tiempo una fuerza ordenadora capaz de transformar el fondo caótico inconsciente en un sistema perfectamente definido, y así, en la pugna entre las concepciones materialista e ideal de la filosofía de la historia, podríamos comparar el ideal a un cauce y la fuerza bruta de los fenómenos materiales al agua que por él circula. Es indudable que el agua labra el cauce, pero también es cierto que sólo el cauce y su declive determinan el movimiento.

Por cierto, no tratamos -a manera de los sociólogos de ultranza- de elaborar un ideal para el indio que se ofrecería como los medicamentos que la moderna medicina inventa para cierto género de enfermos, pues esto sería un verdadero contrasentido a

los conceptos esbozados en el capítulo anterior. Creemos, al contrario, que tal ideal debe surgir espontáneo del alma india, y que si alguna función nos corresponde en su elaboración y emergencia será comparable a la del moderno psicoterapeuta que sólo es un auxiliar espectador de los incentivos y arranques espirituales de su enfermo. Tal vez por esto, siguiendo esta pauta, pensamos que en el estudio psicológico y biológico del alma india hay tantas y tan firmes posibilidades de hallar la clave de este inmenso problema americano.

## RESUMEN

Se examinan en este estudio los siguientes temas relacionados con la raza aborígen peruana:

1.- El factor racial propiamente dicho y el mestizaje; se señalan los criterios fundamentales actualmente establecidos acerca del racismo, optándose por una concepción no uniforme de los valores. Cada raza afirma una actitud original ante la vida y aporta valores específicos en el desenvolvimiento humano. Tampoco el problema del mestizaje debe ser juzgado con criterio dogmático general, pues representa muy diversas posibilidades, según los tipos de mezclas. Como ejemplo se advierten las diferencias de los mestizos de blanco y negro y de blanco e indio. En los primeros se descubre una gran capacidad de adaptación social y predominio del tipo extrovertido; en los últimos, deficiente capacidad de adaptación y predominio del tipo introvertido.

2.- La influencia del ambiente, o influencia telúrica, es otra de las cuestiones que imponen una revisión profunda de los problemas raciales americanos. El autor de este ensayo sustenta la teoría de la regresión

hacia los arquetipos y de la congruencia de las formas geográficas. Se realizaría este fenómeno en el cuádruple aspecto morfológico, fisiológico, psicológico y cultural, lo cual se ilustra en el presente trabajo con diversos ejemplos.

3.- Se contempla la importancia del idioma, en especial del bilingüismo, en el desarrollo psíquico y cultural de los pueblos.

4.- Se establecen observaciones de la psicología del pueblo indígena peruano, descubriéndose el predominio del temperamento esquizotímico, con sus diferentes subformas, y de los caracteres introvertido y asténico, en el pueblo andino. En el indio del litoral se descubren algunas diferencias: es algo ciclotímico, extrovertido y expansivo. En el carácter nacional se descubre prevailecimiento de los rasgos del complejo histeroide (teatralismo, imitación, impulsividad e imprevisión) y consciencia cronológica puntualizada en el presente en los pueblos costeños; y prevailecimiento del carácter

esquizoide (pobreza de reacciones comunicativas, perseverancia, hipoemotividad y previsión) y consciencia cronológica del pasado con desactualización, en los pueblos andino. Se formula la hipótesis de un tipo de constitución neuroendocrina predominante entre los indios, el cual sería a buen seguro -sino son inciertas las observaciones ya establecidas- el suprarenno privo, con hipoanfotonia e hipoprosimpaticotonia.

5.- Los factores psicogenéticos son estudiados en relación a su importancia social y psicológica colectiva. Señálase una deficiente fijación a la personalidad del padre en la fase de complejo de Edipo determinada por deficientes condiciones de la organización familiar del indio.

6.- Estúdiase, finalmente, los factores etnológicos generales, aceptándose la posibilidad de una suerte de neurosis colectiva o trauma ancestral, determinada por la represión de las direcciones psico-sociales primarias y por su reemplazo por valores culturales exóticos.

Wissler, The American Indian. New York, 1917.  
Gutiérrez-Noriega, H. Caraveo y C. Gutiérrez-Noriega. Relación entre los grupos sanguíneos y los tipos raciales en los enfermos mentales peruanos. *Journal des Neuropathologistes* Santiago de Chile, 1938 - H. Caraveo y C. Gutiérrez-Noriega. Nuevas investigaciones de los grupos sanguíneos en enfermos mentales de raza india japonesa en Archivos Ictéricas de Higienic Mental. Lima, C. Gutiérrez-Noriega. El temperamento ciclotímico y el tipo pléico en los aborígenes peruanos. *Actuación Médica Peruana*, t. II, pag. 571, 1936.  
Cap. II GENERAL: J.A. Allen, The influence of physical condition in the genesis of apes. *Smithsonian Report*  
Cap. IV: GENERAL: W. Fowers, La ciencia del carácter. Madrid, 1935.  
Fouillée, *Épiphase psychologique des peuples européens*. Paris, 1927, E. Kretschmer, *La structure du corps et le caractère*. Paris, 1930 - J. Klages, *Les principes de la caractérologie*. Paris, 1930 - Stanley Hall, *Adolescence*. New York, 1911 - *Le retour au type psychologique clinique*. Paris, S. de Madhavao, *Ingleses*  
Cap. III GENERAL: Jean Piaget, *Opéras*  
Completas - R.R. Maudsley, *Antropología* (cap. VI, Barcelona, 1931.  
Gutiérrez-Noriega, *Actuación Médica Peruana*, t. II, pag. 118, 1936.  
Luzano, *Rev. Méd. Peruana*, 1930 - A. Hurado, *Adaptation to high altitude*. *Physical Rev.* vol. XIII, 1933 - C. Gutiérrez-Noriega, *Biología del Perú Antiguo*. *Actuación Médica Peruana*, t. II, pag. 118, 1936.

## BIBLIOGRAFIA

- Cap. I. GENERAL:* Anthony, Le déterminisme et l'adaptation morphologiques en biologie animale. Paris, 1923.- A. Chervin, Anthropologie bolivienne. Paris, 1908.- J. Deniker, Les races et les peuples de la Terre. Paris, 1926.- J. Finot, Le Prejugé des races. Paris, 1921.- M. Haberlandt, Etnografía. Estudio general de las razas. Barcelona, 1926.- A.C. Haddon, Les races humaines et leur repartition géographique. Paris, 1930.- M.J. Herkovits, The American Negro. A study of racial crossing. New York, 1928.- T.V. Holbé, Métis de Cochinchine. Rev. Anthropologique, pág. 259, 1911.- J. Imbelloni, Tres capítulos sobre la sistemática del hombre americano. Actualidad Médica Peruana, t. III, pág. 99.- P. Lester y J. Millot, Les races humaines. Paris, 1936.- G. Montandon, La race, les races, mise au point d'ethnologie somatique. Paris, 1933.- H. Newville, L'espèce, la race et le métissage en Anthropologie. Paris, 1933.- C. Wissler, The American Indian. New York, 1917.
- ESPECIAL;* B. Caravedo y C. Gutiérrez-Noriega; Relación entre los grupos sanguíneos y los tipos raciales en los enfermos mentales peruanos. Jornadas Neuropsiquiátricas Santiago de Chile, 1936.- B. Caravedo, y C. Gutiérrez-Noriega, Nuevas investigaciones de los grupos sanguíneos en enfermos mentales de raza india (aparecerá en Archivos Peruanos de Higiene Mental, Lima).- C. Gutiérrez-Noriega. El temperamento ciclotímico y el tipo pícnico en los aborígenes peruanos. Actualidad Médica Peruana. T.I., pág. 571, 1936.
- Cap. II. GENERAL;* J.A. Allen, The Influence of physical condition in the genesis of species. Smithsonian Report for 1905, Washington, 1906.- Fr. Boas, Changes in Bodily Form of Descendants of Immigrants. Washington, 1912.- A. Davies, A. Resurvey of the nose in relation to climate. The Journ of the Royal Anthro. Inst., vol. LXII, 1932.- Leo Frobenius, La cultura como ser viviente. Madrid, 1934.- N. Krebs, Geografía Humana, Barcelona, 1931.- A.A. Mendes Correa, As condicoes físicas na formacao das Racas. An. científicos da Academia polytechnica do Porto, vol. XII, pág. 226, Coimbra. 1919 (cit. Neuville).- O. Spengler, La decadencia de Occidente, 4 t. Madrid, 1927.- A. Thomson y L.H. Dudley Buxton, Man's nasal index in relation to certain climate condition. The Jour of the Royal Anthr. Inst. vol. LXII, 1932.- C. G. Jung, La psique y sus problemas actuales (Cap. "Alma y Tierra"). Santiago 1936.
- ESPECIAL:* A. Hurtado y A. Guzmán Barron, Estudios sobre el indio peruano, Rev. Med. Peruana, 1930.- A. Hurtado, Adaptation to high Altitude. Physiol. Rev. vol. XIII, 1933.- C. Gutiérrez-Noriega, Biotipología del Perú Antiguo. Actualidad Médica Peruana. T. II, pág. 118, 1936.
- Cap. III. GENERAL:* Jean Piaget, Obras Completas.- R.R. Marrett, Antropología (cap. V). Barcelona, 1931.
- Cap. IV. GENERAL:* W. Boven, La ciencia del carácter. Madrid, 1935.- Fouillée, Esquisse psychologique des peuples européens. Paris, 1927. E. Kretschmer, La structure du corps et le caractérex. Paris, 1930.- L. Klages, les principes de la caracterologie. Paris, 1930.- Stanley Hall, Adolescence. New York, 1911.- Letourneau, La psychologie ethnique. Paris.- S. de Madariaga, Ingleses,

franceses, españoles. Ensayo de psicología comparada. Santiago, 1934.- *Thevenin y Coze*, Les peaux-rouges. Paris, 1929.

*ESPECIAL: J.H. Aste*, Contribución al estudio de la fisiología del hombre de los Andes. Anales de la Facultad de Cien. Med., T. XIX, pág. 226, 1936.- *C. Gutiérrez-Noriega*, Observaciones biotipológicas y psicopatológicas en los enfermos mentales peruanos con referencia a los factores raciales y geográficos. Act. Med. Peruana, T. II, pág. 408, 1937.- *C. Gutiérrez-Noriega*, El sistema neuro-vegetativo en la raza india (se publicará en Actualidad Médica Peruana).- *C. Gutiérrez-Noriega*, Nuevas observaciones biotipológicas y psicopatológicas en la raza india (aparecerá en los Anales de la Facultad de Ciencias Médicas). *C. Monge*, Estudios fisiológicos sobre el hombre de los Andes. An. Fac.

Méd., 1928.- *C. Monge y H. Pesce*, El sistema nervioso vegetativo en el hombre de los Andes. An. Fac. Méd. T. XVII pág. 43, 1935.

*Cap. V. GENERAL: H. Delgado*, La Formación Espiritual del Individuo. Lima, 1934.- *H. Delgado*, Psicología del Niño, Lima.- *E. Spranger*, Psicología de la edad juvenil. Madrid, 1929.

*Cap. VI. GENERAL: Ch. Blondel*, Introduction a la Psychologie collective, Paris, 1934.- *W. Gregory*, Interracial problems and white colonization in the tropics. (Rep. R.A.A. Sc. Toronto, pág. 124, 1924). *G. Montandon*, Traité d' Ethnologie Culturelle, Paris, 1934.- *Rossell I. Vilar*, La Raza. Barcelona, 1930.- *C.G. Yung*, El Yo y lo Inconciente. Santiago de Chile, 1936.